Herminio Madinaveitia

DISCURSOS LITERARIOS

Heine y Becquer

La mujer y la poesía lírica

Tendencias literarias en la España del siglo XIX

VITORIA
Imprenta de Domingo Sar
1899

M-57170
F-57919

ATA
4969

A mi colega de Las orejas
del Chantre en prueba de la
cariñosa amistad de

H. Rodríguez Tejada

HEINE Y BECQUER

SANCTO EL CARRO

I

Si no contase con vuestra nunca desmentida benevolencia no se oiría mi voz aquí donde se ha escuchado la armonía de tanta palabra elocuentísima, y donde se respira el ambiente vivificador de la ciencia. Pero me mueve á hacerlo, escudado siempre en el respeto que os inspira todo el que ocupa este sitio, el deseo de estudiar á dos poetas eminentes, y la obligación de vindicar, en la medida de mis fuerzas, á un génio sevillano: Gustavo Adolfo Becquer.

Mi atrevimiento es tan grande como mi entusiasmo por el punto objeto de esta lectura, y solo así se comprende que tras largos dias de incertidumbre, de vacilación, me haya resuelto á escribir lo poco que sé respecto de Becquer y Heine, uno de los que ha escrito sus obras en un idioma del que no tengo ni rudimentos, aunque por fortuna, merced á las traducciones que de él se han hecho, es tan conocido en España como algunos de nuestros vates nacionales.

Y como las obras poéticas son el reflejo de la manera de ser de su autor, voy á ocuparme por separado de Heine y Becquer, para estudiarlos después comparativamente en aquellos frutos de su fantasía que parecen hijos de una misma inspiración.

Quisiera prescindir por completo de hacer la biografía de los dos poetas que estudio, pero influye de tal manera su vida en los productos de su ingenio, que borrada aquella, acaso no contaría el cielo literario del siglo XIX, los dos astros de esplendente brillo, que son el objeto de estas mis pobres disquisiciones críticas.

Empecemos pues por Heine, primero en el órden cronológico, y tratemos de descubrir los caracteres ó notas distintivas de su poesía.

II

Enrique Heine nació á orillas del Rhin, en la villa de Dusseldorf á lo que parece el 13 de Diciembre de 1799 y aunque no haya seguridad absoluta del dia del nacimiento, se sabe fijamente que no fué el 1.º de Enero de 1800 como han supuesto casi todos sus biógrafos, fundándose más que en nada en su frase humorística «Soy el primer hombre de mi siglo,» por más que él mismo simuló

haber nacido el dia primero del año, con objeto de salvarse del rey de Prusia en tiempo de la invasión prusiana.

Si alemán por su patria no lo era sin embargo por su raza. Pertenecía á una familia hebrea dedicada al comercio. Su madre, algo filósofa empapada en los principios *rousso-nianos* del «Emilio» le inculcó sus preceptos, y terminó su primera educación en el convento de franciscanos de Dusseldorf, en lo cual, si se atiende á su orígen israelita parece que se vislumbra algo de lo que más tarde pudo dar orígen al calificativo de «hombre de las contradicciones» con que se le señala de ordinario. Dijéronle un dia á su padre que Enrique había negado la existencia de Dios, y hé aquí la arenga que le dirigió, la más larga que pronunció en su vida—dice el poeta en sus Memorias: «Puedes ser tan filósofo como gustes pero una cosa te ruego, y es que no digas á las claras lo que pienses porque se resentirán mis operaciones, si los parroquianos saben que tengo un hijo que no cree en Dios,» y terminaba: «créeme el ateismo es un pecado muy gordo.» Debió de mostrar desde muy jóven afición á la poesía cuando, según manifiesta él mismo, en opinión de su madre no podía ocurrirle cosa peor que ser poeta; «en aquellos tiempos el nombre de poeta no respondía á una

idea noble y honrosa; un poeta era un pobre diablo descamisado, que por un par de *thalers* componía versos de ocasión, y acababa irremisiblemente en el hospital.» Su madre soñaba con que fuese mariscal del Imperio, y en el Liceo de su villa natal estudió geometría, estática y otras ciencias; despues y tal vez pensando en un porvenir risueño, quiso hacer de su hijo Enrique una potencia financiera y le dedicó á las lenguas y á la teneduría de libros, pero «un célebre comerciante—escribe Heine—en cuya casa quise ser aprendiz de millonario, decidió que carecía de toda aptitud para los negocios, y le confesé sonriendo que quizá tenía razón.»

A consecuencia de una crísis comercial quedó arruinado el padre del poeta y su madre escogió para èl la jurisprudencia. No eran á propósito la rica imaginación de Heine y su carácter independiente para el estudio del Derecho; odiaba sobre todo el Romano: «que horripilante libro el *Corpus juris*, Biblia del egoismo. He aborrecido siempre el código de los romanos y á los romanos mismos,» consigna en sus memorias póstumas. Y aunque alcanzó el grado de doctor, abandonó bien pronto el birrete de abogado comprendiendo que carecía de la argucia y carácter mañoso en que de seguro le aventajarían todos los jurisconsultos. Las doctrinas filosófi-

cas llamaron su atención más que ningún estudio, y Hegel fué su maestro. En esta época (1825) abjuró de sus creencias religiosas, y se hizo bautizar como luterano. No dejó por eso de ser racionalista y escéptico, y conforme iba entrando en años, y veía desvanecerse las idealidades engendradas en su fantasía al calor de la juventud, derribaba en su alma las divinidades de Hegel y Spinoza hasta llegar á proclamar en su última época la necesidad de un Dios personal. «No he podido habituarme—escribía en 1851—al Dios del panteismo, pobre ente quimérico entretejido con la trama del universo, nacido de la materia, en la materia aprisionado y que sin fuerza ni voluntad nos mira bostezando.» Quien aspire á un Dios que pueda socorrerle debe admitir un Dios personal superior al mundo, dotado de los santos atributos de bondad, justicia y sabiduría infinitas.» ¡Elocuente confesión,! dice uno de sus traductores, Teodoro Llcrente, arrancada á un alma noble y sincera atormentada por incesantes dudas!

Asistía como escolar al Liceo de Dusseldorf cuando compuso sus primeros versos titulados «Cuitas juveniles» que publicó en 1821 y que como otros tantos pasaron inadvertidos cuando su autor creía producir una revolución. Desilusionado por este fracaso se

dedicó al Teatro, y sus tragedias «Almanzor y Ratclif» que como hijas de una mente soñadora que solo concebía vagos ideales no ajustados á la realidad, no tenían condiciones para representarse, fueron estrepitosamente silbadas en los teatros alemanes. En 1823 compró un editor estas obras con unas cuantas cancioncillas que según el autor «*no valían una carga de pólvora,*» al paso que juzgaba á las tragedias como verdaderos prodigios, á pesar del fallo del público que las había rechazado. Nadie se fijó en su Almanzor ni tampoco en su Ratclif, y en cuanto á las poesías la crítica las consideró como de ningún valor. Y sin embargo esas cancioncillas constituyen bajo el nombre de «Intermezzo, entreacto ó intermedio lírico» con el «Regreso» que escribió más tarde como su natural complemento, constituyen, digo, la mayor gloria de Heine. Sus «Cuadros de viaje, relación de sus excursiones por Alemania, el Tirol, Francia, Inglaterra é Italia, alcanzaron un éxito asombroso y le valieron ser proclamado como jefe de una escuela nueva; el «Regreso» de que hemos hablado; el «Libro de los Cantos» de resonancia igual y que suscitó tantas polémicas como sus «Cuadros de viaje»; el «Mar del Norte» y las correspondencias á la *Gaceta de Aupsburgo* que desde su destierro de París enviaba á

Alemania, le dieron una celebridad inmensa. Todavía el mismo año de su expatriación (1830) compuso otra serie de *lieder*, canciones de índole muy parecida al Intermezzo y Regreso, á la que tituló «Nueva Primavera». Desde 1840 hasta los últimos de su vida publicó «Altatroll» (sueño de una noche de estío); sus «Nuevas Poesías» y su «Germania», y cuando en 1848 estalló la revolución, esperanza de Heine, cayó postrado en el lecho del dolor donde había de sufrir largos años. Herido de muerte, enfermo por el reblandecimiento de la médula, clavado, como dice un escritor ilustre, á la cruz de la paralisis por los clavos del sufrimiento, aun tuvo aliento y vigor para dar á luz su «Romancero» en cuya segunda parte aparece el famoso «Libro de Lázaro» expresión fiel de la amargura, de la duda, de las aspiraciones del poeta moribundo.

Las «Melodías hebráicas» dan fin al Romancero. El 17 de Febrero del 56 murió Heine y el cementerio de Montmartre recibió sus fríos despojos. De aquí fueron trasladadas sus cenizas á Hamburgo, cuna de sus amores y de sus desventuras.

Casi de intento no hemos hecho más que indicar por incidencia el período más accidentado de la vida del poeta que señala su existencia en París. Pero es tan importante, y se

halla tan enlazado este acontecimiento con la influencia de Heine como poeta, que no podemos menos de relatar siquiera sumariamente los motivos que le impulsaron á abandonar Alemania. La libertad es una religión nueva, la religión de nuestros tiempos. «Los franceses son el pueblo elegido de la nueva religión; en su idioma se han formulado sus primeros evangelios y sus primeros dogmas; París es la nueva Jerusalen y el Rhin es el Jordán que separa de los filisteos la tierra santa de la libertad.» Estas palabras que aparecen en uno de sus «Cuadros de viaje», en el dedicado á Inglaterra, indican manifiestamente el amor, el entusiasmo que Heine sentía por Francia. Señores, recuérdese su orígen hebreo, y el desdén, el horror con que era mirada esta raza por aquél entonces; recuérdese su aislamiento y separación completa de todas las clases de la sociedad, sus vergonzosas humillaciones, y nos explicaremos el consuelo antipatriótico que experimentarían los judíos al ver penetrar en su villa natal las armas napoleónicas que les dejaban respirar el ambiente de libertad, y que, lavando sus antiguas ofensas, concedían á su patria y á su religión un puesto en el ancho campo de la humanidad.

Así se comprende que después de haber

respirado el *aire de Francia* durante el tiempo en que los ejércitos de Napoleón ocuparon á Dusseldorf, viese con júbilo el poeta elevarse las águilas francesas, elevarse tan altas, que al querer tocar con sus alas el sol de la suprema gloria cayeran heridas por el fuego de sus rayos en los campos de Waterlóo; así se comprende, digo, que mientras Alemania frenética de gozo lanzaba el grito de triunfo, Heine que era alemán, en una de sus más preciosas composiciones «Los granaderos» llorase con los destrozados veteranos de la guardia imperial la caida de Francia y anunciase su resurrección.

Si alemán por nacimiento, era francés por naturaleza. Teófilo Gautier gran amigo y admirador del poeta, decía de él que el resplandor de la luna alemana plateaba su fisonomía por un lado, y el sol alegre de Francia la doraba por otro. Amador ardiente de los principios de la Revolución francesa, que supieron regenerar y humanizar la existencia del israelita, luchaba por implantarlos en su patria. Las armas que esgrimía contra lo tradicional, contra lo antiguo, no eran el severo y frío razonamiento, sino la sátira refinada y mordaz; no la empalagosa erudición sino el «estoque afilado y ligero de la ironía aristofanesca,» que dice un escritor contemporáneo. La jóven Alemania acogió con en-

tusiasmo estas ideas. Un número no escaso de partidarios se reunió en torno suyo y lo aclamaron como el paladín, el jefe de una nueva escuela. Pero no puede negarse que luchaba con grandes obstáculos; la tenacidad de su raza y la organización política de su patria se oponían á sus proyectos, y cuando la revolución de 1830 se extendió por toda Europa y veía cercano el triunfo, sus esfuerzos se vieron fallidos ante la ineptitud práctica de la soñadora Alemania. Entonces fué cuando la abandonó desterrándose voluntariamente, y esto explica el *por qué* de los dicterios é invectivas que echaba en cara á su patria donde desesperado veía reinar los prejuicios y privilegios.

Estudiemos ahora el momento en que aparece Enrique Heine en el campo de la literatura alemana. La escuela literaria que imperaba en Alemania cuando Heine no ocupaba en las letras el lugar en que más tarde figuró, era la romántica.

Pero no era el romanticismo alemán lo que el francés, al que Víctor Hugo hubo de llamar «liberalismo literario»; no era el movimiento franco y espontáneo, verdaderamente revolucionario que echa por tierra los preceptos del *ars poética*, y destruye las estrechas vallas en que querían sujetar la inspiración poética los clasicistas; no la imaginación po-

tente y libre que crea *Le roi s' amuse* y *Hernani*, si no la tradición evocada por el pasado, la Edad Media restaurada, con sus castillos feudales enclavados en la cima de montaña granítica que ilumina melancólica la luna, con los amores de sus *minnesinger*, con sus leyendas fantásticas engendradas á las orillas del Rhin, entre los crespones de nieblas que surgen de su seno. No; el romanticismo alemán era eminentemente conservador; nacido en medio del espasmo que les produjo á los germanos su decaimiento político; desenterrado de entre los escombros de pasadas grandezas, y alimentado con calor por el pueblo, que veía en estos elementos de inspiración nacional, ajena por completo de materiales extranjeros, una literatura peculiar y propia para oponerla como venganza á los desastres de Jena y Austerliz. Era pues necesario destruir este romanticismo alemán, esa escuela de falsa sensiblería. Como dice el Sr. Perojo: «Era precisa una revolución poética que ahogara la *poesía de Lazareto*, como Goethe la llamaba.

En este momento aparecen las primeras composiciones importantes de Heine. De manera que éste fué política y poéticamente hablando innovador, revolucionario. Estudiémosle ahora como poeta. Descubramos los colores de la paleta con que pintaba esos

cuadros pequeños pero llenos de luz y de vida; sorprendamos los elementos de que se valió para destruir el ruinoso edificio de la Edad Media que los románticos querían restaurar; señalemos los caracteres de sus composiciones, las notas distintivas de su poesía. «El carácter de Heine, —dice Barthel,—es no tener ninguno.» Ya lanza sarcástica carcajada que se confunde con el chasquido del látigo de su sátira; ya llora con amorosos gemidos los desdenes de su adorada Molly. De aquí la gran dificultad de criticar á Heine; de aquí la variedad de juicios que se ha hecho de sus obras, tan varios como las manifestaciones de su talento. A unos seduce la sátira, sello particular é inimitable del poeta alemán; á otros encanta la delicadeza de su manera de sentir; éste, gusta de la brevedad y concisión de sus pensamientos; el otro, de la mofa, del espíritu de negación de que tanta gala hizo el *ruiseñor de Dusseldorf*.

El mismo parece que presagia esta variedad de juicios cuando escribe en su «Regreso»:

Raras veces, mis amigos
me pudisteis comprender,
y yo mismo raras veces
á comprenderos llegué.
Tan solo cuando en el fango
nos hallamos á la vez,
os comprendí yo sin pena
y á mí vosotros también.

El carácter primero, la nota esencial de las composiciones de Heine es el *humorismo*; de todo se burla, de todo se ríe y ante el veneno de sus sátiras se desvanecen los más sagrados sentimientos de la humanidad. Como dice uno de los que más han contribuido á dar á conocer al poeta en nuestra patria, D. José J. Herrero, «todo bajo su pluma se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escalpelo del disector.» Sin embargo, al tocar esta cuestión hay que pensar en los dolorosos recuerdos que le asaltaban en los momentos de inspiración, en los amargos desengaños, en sus dolores físicos, en su nacimiento, hasta en su educación. Y cuando se medita en todo esto, se comprende el valor de aquellas frases de un ilustre publicista, D. José del Perojo cuando escribe hablando de Heine: «no es el hombre de las contradicciones; es el hombre de las contrariedades,» y en aquella estrofa de uno de sus *lieders*:

Mi corazón, cual los mares,
tiene escollos y borrascas,
pero duermen en su fondo
también perlas argentadas.

Solo así se comprende por qué manejaba tan diestramente la ironía, el sarcasmo. No, no es una facultad admirable de que dispone á su antojo y con cuyos dardos emponzoña-

dos hiere á cuanto apunta, si no el resultado de ese continuo desasosiego, de ese no acabado disgusto que llena su existencia, de esa amarga pena que le devora. Otro carácter importantísimo de las composiciones de Heine es su sencillez, su naturalidad. Esto contribuyó en primer término á hacerle el jefe de la nueva escuela que se levantó contra los que pretendian rebuscar entre los escombros de los siglos medios las viejas tradiciones alemanas. A la sensiblería empalagosa y afectada de los románticos opuso la dulzura de sus sentimientos, la naturalidad en la expresión; al artificioso edificio levantado por la pedantesca erudición de aquellos, oponía Heine sus versos fáciles y armoniosos, llenos de exquisita ternura, que hacen vibrar en el alma las mismas cuerdas que el poeta agita-ra en el laud de su inspiración. Este es el secreto de los grandes poetas. Su delicadeza, su profundidad, su melodioso encanto, la riqueza de sus pensamientos y el plasticismo de sus imágenes, son las perlas que brillan engarzadas en la gloriosa corona del génio alemán. Sus composiciones son cortas, breves, espontáneas como los gritos inarticulados que expresan los afectos de nuestra alma; en ella resplandecen las ideas depuradas, concentradas,—«gotas de licor refinadísimo encerradas en trasparente cristal,» según la

comparación del Sr. Menendez Pelayo,—y en cuanto á su forma poética, la labra, la cincela, y á veces descuida con estudiado desaliño. Su estilo es fácil, rápido, armonioso al oído. La gran excitabilidad de su naturaleza, su genialidad poética, y por último, su vida toda, con sus amores desgraciados, sus torturas físicas, su expatriación y hasta su nacimiento son los factores más importantes que constituyen el carácter de Enrique Heine como poeta. Imposible encerrarlo en las redes de la crítica; sus composiciones son de tantos géneros que no es fácil comprenderlas bajo una fórmula y un juicio. No es antítesis exagerada decir que Heine es cruel y tierno, sincero y pérfido, excéptico y crédulo, lírico y prosáico, sentimental y burlón, apasionado y frío, antiguo y moderno, romántico y revolucionario. Esta doble naturaleza ha sido una de las principales causas del éxito prodigioso de Heine en Francia. Como dice Schuré en su Historia de la canción popular en Alemania «gustan entre nosotros esos contrastes bruscos, esos poetas de corazón desgarrado que dicen al mundo: ¿Ves las heridas que me has hecho?: y cuando las gentes se aproximan, se yerguen y hacen chasquear el látigo á sus oidos.» Para terminar con el estudio de Heine; aunque aparece en el cielo literario más tarde que Wieland,

Klopstock, Schiller y Goethe, no brilla ménos que ellos; reune sus buenas cualidades y evita sus defectos. Heine es naturalmente sensible, ideal, plástico y espiritual ante todo. Klopstock no ha entrado en la formación de su talento porque al carácter de Heine repugna la enojosa profundidad de aquel; de Wieland, tiene la sensualidad; de Schiller, el sentimiento; de Goethe, la espiritualidad panteística; de sí, no tiene más que el increible poder de realización.

III

No tengo la pretensión de haber dibujado ni aun con los más groseros perfiles al poeta de Dusseldorf, pero si es difícil caracterizar á aquel cuyo caracter según frase ingeniosa es «no tener ninguno,» no es empresa ménos atrevida bosquejar, siquiera, al melancólico amador de las azules campanillas, y de las oscuras golondrinas; al infortunado Becquer.

Y sin quererlo, me teneis en camino de hacer su biografía. No quisiera detenerme mucho relatando su vida. Bastante ménos conocida la de Heine, me he creido con derecho á referirla con una minuciosidad fatigosa, si se quiere, pero de la que no se puede prescindir al proponerse estudiarlo aun de la manera tan imperfecta como lo hago.

Respecto á la de Becquer ya varía. Al frente de sus obras la ha escrito con verdadero cariño su amigo del alma D. Ramón Rodriguez Correa. Además, arrebatado de entre nosotros por la fria muerte no hace muchos años, parece que aun no se ha apagado en su volcánico cerebro aquel fuego que arrojó de sí como chispas brillantes sus inimitables *Rimas*. Por eso la aureola de gloria que circunda al genio sevillano, aunque espléndida y luminosa, no se muestra en todo el fúlgido resplandor que lucirá un dia, porque la imortalidad en los poetas crece á medida que se borra su nombre de la cruz que cobija su sepultura, y cuando cubren las mal juntadas piedras de su fosa, el musgo humilde y las espontáneas ortigas, que apenas si dejan vislumbrar por entre sus hojas brillantes y vellosas la amarillenta florecilla de los muertos que tiembla entre el follage como el lucero de la tarde en los celestes espacios.

En la reina del Guadalquivir, en la renombrada Sevilla pátria de Herrera y Rioja, nació el poeta de que me ocupo, el 17 de Febrero de 1836 (†). Oriundos sus antepasados de Alemania, aunque reconocidos y respetados ya en el siglo XVI como personas importantes de la ciudad, Gustavo procede inmediatamente del aventajado pintor de costumbres D. José Domingez Becquer. Murió éste al contar nues-

tro biografiado cinco años, y cuando tenía nueve y medio, su madre, quedando en el más triste desamparo siete hijos varones que gracias á un tio carnal recibieron educacion hasta que ellos pudieron ganar la subsistencia. Había á orillas del Guadalquivir un colegio de pilotos llamado de S. Telmo en donde ingresaban los huérfanos pobres y de noble cuna; de su alimentación se encargaba el Estado. A los nueve años entraba Gustavo Adolfo en este colegio, á los diez tuvo que salir por haberse suprimido de real orden.

Ya á esta edad parece que brotaron de Becquer los primeros chispazos del ingenio, pues compuso, en unión de un amigo suyo, un disparatado drama «Los conjurados» que representaron los colegiales y que hay que suponer sería aplaudido frenéticamente por el bullicioso y apasionado auditorio compañero de los autores del engendro. Pero suprimida; como hemos dicho, la escuela de cosmógrafos y mareantes, Gustavo hubiera quedado, según la frase vulgar, en la calle, á no ser por el cariño que le profesaba su madrina, que se encargó de su educación. Señora acaudalada y de regular cultura literaria, poseía muchos libros, entre los cuales mostró su ahijado predileccion especial por las odas de Horacio traducidas al castellano, y las poe-

sías de Zorrilla, obras ambas que dieron al naciente poeta las primeras inspiraciones.

Quería sin duda su amante protectora hacer de él un rico comerciante, y le dedicó á la Contabilidad y Teneduría de Libros, pero aquél jóven de vivísima imaginación que según frase del Sr. Correa, «jamás pudo sumar de memoria», arrojó de sí el Libro Mayor, y el Inventario, y soñando con la gloria y los aplausos para sus primeras poesías vino á Madrid cuando no contaba diez y ocho años, con el alma henchida de ilusiones, y los bolsillos vacíos del solo dinero de que dispuso para el viaje. He pasado por alto la época en que se dedicó á la pintura para la que reunía especialísimas aptitudes, y la en que recibió los rudimentos de latín que le costeó un tio suyo al ver su desmedida afición á la lectura y su entusiasmo por los estudios literarios. Tres cantos de un largo poema «La Conquista de Sevilla», que pensaba escribir con un amigo suyo, y que Gustavo quemaría sin duda con un sin fin de poesías cuando llegó á edad más reflexiva, son tambien obra de este tiempo.

Ya en el año 54 comienza el calvario del artista, confiado á su independencia y su génio, para procurarse el sustento diario, teniendo que luchar por la existencia y sufriendo toda clase de sinsabores y privaciones.

«Dando pormenores de ese período de su vida —dice uno de sus biógrafos—temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son dias sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del génio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.»

Básteos saber que obligado por la necesidad, ó más bien por no desairar á un amigo que le proporcionó un empleo, fué colocado en la Dirección de Bienes nacionales con el sueldo anual de 3.000 reales y la categoría de escribiente fuera de plantilla.

Pero se hizo preciso un arreglo en la oficina y aquél jóven soñador que llenaba los papeles de endriagos y monstruos, de castillos arruinados, de mujeres ideales y de abandonadas tumbas, fué declarado cesante por el Director del negociado, al sorprenderle explicando á sus compañeros una de esas fantásticas quimeras que trazaba su pluma guiada por su febril imaginación. Por esta época (57 y 58) se le ocurrió una idea noble y elevada: la publicación de una obra importantísima por más de un concepto, y de la que por desgracia solo vió la luz un tomo; me refiero á la «Historia de los templos de España» en la que colaboraron ilustres litera-

tos, y en donde además de dibujos notables, dejó Becquer artículos tan celebrados como los referentes al «Arte árabe en Toledo, La Basílica de Santa Leocadia, y la Historia de San Juan de los Reyes.» Mas como todo lo absorbe la política, hé aquí á nuestro poeta formando parte de la redacción del «Contemporáneo,» periódico que se publicaba por entonces, y en donde insertó varias leyendas rebuscadas entre las inmóviles esculturas de los sepulcros de nuestras góticas catedrales, ó entre los arabescos y calados ajimeces de la imperial Toledo. En él aparecieron por vez primera las cartas que desde el monasterio de Veruela, á donde había ido á reponer su salud, escribía bajo el título «Desde mi celda,» que causaron admiración en todos los círculos literarios y le colocaron desde luego entre nuestros primeros hablistas. Fundó la «Gaceta literaria» y figurando como redactor de periódicos políticos es como pudo ganar el sustento diario. Por fin don Luis Gonzalez Bravo, Ministro á la sazón, le proporcionó un destino regular que le permitió salir de sus estrecheces y no pensar en el fatal *mañana*, y durante este tiempo escribió sus «Rimas,» á las que el Sr. Gonzalez Bravo pensó poner un prólogo y publicar á sus expensas. Pero la Revolución del 68 caminaba á grandes pasos, y triunfante, y caido el

trono de D.ª Isabel, tuvieron sus ministros que huir al extranjero. Becquer presentó la dimisión de su modesto cargo, pero no pudo recobrar el breve tomo de sus poesías que guardaba con singular empeño su ilustre protector entre otros papeles importantes perdidos entre la confusión y revueltas de aquellas azarosas circunstancias. Solo á costa de grandes esfuerzos pudo recordarlas y trascribirias al papel. Fundó la «Ilustración de Madrid,» en donde su hermano Valeriano dejó tanta prueba de su indudable mérito como pintor de costumbres que copió fielmente en la excursión artística que los dos hermanos hicieron por algunas provincias de España.

Cuando se creían felices, cuando Valeriano pensaba en un gran cuadro, y Gustavo soñaba, soñaba siempre en su casita de las afueras de Madrid, entre sus hijos, sus amigos, sus versos, cuando traducía al Dante para dar cima á una publicación de autores de primer orden, la muerte se cebó en aquellos dos hermanos que habían sobrellevado juntos todas sus fatigas, y que terminaron sus dias en el mismo año y con escasa diferencia de meses.

En Septiembre de 1870 murió el pintor, y el 22 de Diciembre de este año exhaló Gustavo su último suspiro, víctima de una en-

fermedad diagnosticada de pulmonía y que concluyó por ser hepatitis según unos y pericarditis según otros. Los antiguos creían que la fuente, el nido del amor, era el hígado; nosotros lo ponemos en el corazón; de todas maneras, siempre resultará que Becquer murió de enfermedad de amor.

Me he detenido demasiado, á mi pesar, en hacer la biografía del poeta de las golondrinas, porque quiero que juzgando por lo que hizo durante su corta vida—«mañana tempestuosa,» que dice su amigo el señor Campillo,—deduzcais lo que era capaz de hacer aquel génio que anunciaba vivir en «un mediodía espléndido y en serena y luminosa tarde.» Quiero que veais conmigo esas difíciles y angustiosas circunstancias en que se desarrolla su númen, que para mí son la primera piedra del pedestal de gloria del autor de las «Rimas, y Leyendas.»

Todos sus amigos están conformes en que lo admiraban más por lo que de él esperaban que por lo que había hecho. ¡Y sin embargo, lo poco que ha dejado, le coloca á una altura difícil, si no imposible de alcanzar! Lo que conocemos lo escribió él al volar de la pluma sobre la mesa de cualquiera redacción, sin la fijeza necesaria, ni mucho ménos pensando en que se publicaran sus trabajos sin prévia corrección suya. Sorprendía un asunto, una

idea, y les daba una forma que no podía imaginarse fuese la última mano de obra; pero muerto él, sus amigos, en su afán de perpetuar su nombre, se afanaron por buscar sus papeles y dieron á luz todo lo que aparece en la edición que de sus obras se ha publicado.

De dramas, novelas, leyendas, fantasías y caprichos, poemas, etc., tenía concebidos un gran número cuyos títulos dejó á su muerte, pero cuyos planes y desarrollo bajaron con él al sepulcro oscuro.

Poco, muy poco he de decir del carácter general de Becquer como escritor. Por desgracia nuestra tuvo tan poco tiempo para dar forma á aquel hervidero de ideas que bullían en su cerebro que todo el trabajo de crítica que respecto de Becquer se haga, tiene que referirse á sus Leyendas y sus Rimas.

Y es tan *uno*, tan el mismo, el autor de unas y otras, se muestra con matices tan semejantes, que muchas de las notas que se desprendan del análisis de las primeras tienen que aplicarse á las segundas.

Y como al compararlo con Heine, pienso ocuparme de sus «Rimas», en globo y generalizando mucho hablaré de los elementos que concurren en el sentidísimo autor de «Maese Perez el organista.»

Becquer ante todo es artista; artista de corazón, artista que siente, y artista que sabe

hacer sentir á cuantos lo leen; el que al terminar «La venta de los gatos,» hermoso cuadro lleno de luz y de vida de la simpar Andalucía, no se sienta con ánsias de llorar, cuando aun tiemblan en el espacio los últimos ecos de la melancólica copla del carro de los muertos; el que interviene en el mudo coloquio de las hojas secas sin sentirse conmovido y apesadumbrado, y no vé en la breve existencia de aquellas la vida del hombre llena de recuerdos, de ilusiones, de desengaños... «arroje el libro, para ese no tiene Becquer confianzas, para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesia...»

No conozco, creo que no exagero, un autor más sentido, más dulce, más tristemente simpático, que Gustavo Adolfo Becquer.

Además, su imaginación calenturienta, tesoro riquísimo é inagotable de fantásticas creaciones, construye una leyenda que viste con el lujoso atavío de su brillante estilo; y le dán materiales para sus quiméricos edificios, la inscripción borrada por los años, escondida en el rincón oscuro, donde duermen en granítico sepulcro antiguos reyes y linajudos antepasados; la humilde lentejuela de raida ajorca de una Vírgen, que chispea y refleja en su diminuto disco, la luz, que se cierne por los pintados vidrios de catedral

gótica; el furtivo rayo de sol que besa los cristales de misterioso lago; una fecha, un recuerdo, dos hojas arrastradas por el cierzo..., todo le produce allá en su cerebro, en su alma, una sensación extraña que se convierte en ideas, en palabras, en dulcísima armonía.

Su prosa castiza, elegante, llena de imágenes tan atrevidas como originales; la música de sus períodos; la dulzura y melancolía de su estilo, le colocan entre los primeros cultivadores de la lengua castellana. Si no hubiera escrito más que sus inimitables cartas «Desde mi celda», éste sería el único título que presentar para que se le considerara como hablista de justo renombre.

Originalidad, sentimiento, inspiración, energía, galanura en el decir, erudición no común, gusto artístico depurado, gran poder de imaginación y profundidad de ideas, son las cualidades que, entre otras, hacen de Becquer uno de nuestros primeros poetas.

Para terminar con su estudio transcribo un juicio que de sus Leyendas hace un número de *La Gironde* de Burdeos del año 74. «Los trabajos de este escritor—dice hablando de Becquer,—pertenecen á un género tan estimado y bello entre los pueblos del Norte, como poco conocido de los meridionales. En estos escritos en que lo maravilloso y fantástico hace principal papel, en que se siente el

espíritu que inspiró «El sueño de una noche de verano» y los cuentos de Poë y Hoffman, es difícil no dejarse impresionar por la sobriedad, la delicadeza y el sentimiento poético del escritor.»

Becquer ha tenido su tiempo; sus obras traducidas á varios idiomas han alcanzado la popularidad solo reservada á los altos genios. Apenas muerto su nombre resonaba en todos los oídos, sus libros cruzaban los mares, y un enjambre de imitadores se proponía seguirle y copiar lo que es inimitable y no puede copiarse.

Hoy mismo en la memoria de todos viven algunas de sus más celebradas «Rimas», y apenas pasa dia sin que en la conversación ó en los periódicos aparezca el desconsolador y desesperado *¡Hoy creo en Dios!*, ó el horrible y lúgubre, *¡Dios mio qué solos se quedan los muertos!* Pero cuando influidos por la *zolesca* literatura, cuyo mérito no trato de aquilatar, nos deleitamos ante los vivísimos colores de la tal vez excesiva realidad del lavadero público en «*L' asommoir*»; cuando en «*Teresa Raquin*» se respira el ambiente fétido del depósito de cadáveres, y se siente el espasmo y el frío que lleva al alma la contemplación de masas inertes y deformes de carne humana; cuando en «*La terre*» se desciende á detalles indignos de ser leidos,

no es extraño que dejemos de aspirar el suavísimo aroma que despide ese incomparable ramillete que en la literatura española recibe el nombre de «Rimas de Becquer.»

IV

Y llego á la última parte de mi trabajo: á la comparación, al paralelo de Heine y Becquer. Y como las «Rimas» de éste coinciden de tal manera—ya veremos hasta qué punto,—con alguna de las obras de aquel, que ha sido motivo para que varios escritores señalen al vate sevillano como imitador de la poesía heiniana, hé aquí por qué me concreto ahora á estudiarlo en aquellos productos de su fantasía que parecen hijos de una misma inspiración. Ambos poetas cantan un sentimiento universal: el amor; ambos, en versos llenos de melancolía amorosa, expresan sus quejas, sus ternezas, sus deseos, sus celos, sus desengaños, sus recuerdos; Heine en su «Intermezzo y Regreso»; Becquer en sus «Rimas». ¿Qué es el Intermezzo? Heine en su edad madura, dijo á su amigo Gerardo Nerval, «que solo escribía versos para llorar unos amores sin esperanza de su juventud.»

En efecto, como Dante su Beatriz, como Petrarca su Laura, como el Tasso su Leonor,

como Werter su Carlota, como Romeo su Julieta, como Diego de Marcilla su Isabel, Heine tuvo su Molly ó Amalia á quien consagra culto ferviente y apasionado.

Allá en los albores de su accidentada vida, y durante el tiempo que permaneció junto á su tio el banquero Salomón, se enamoró ardientemente de la hija de éste, Amalia que más tarde contrajo nupcias con otro amante *rico ó estúpido*, que dice el poeta. Desde esta época no dejó de profesarle respetuoso cariño, y sus afecciones, sus sentimientos, los dá á conocer en ese hermoso poema que se llama el «Intermezzo.» Como los niños que condenan á las mariposas á sufrir toda clase de torturas, hasta que desgarrada la gasa de sus alas incrustadas de pedrería y oro escapan de sus dedos cubiertos con el polvillo que era su atavío, dostrozadas y sin poder tender el vuelo, así la Amalia de Heine tiene en sus manos el alma de su amante y se complace en hacerle experimentar dolores y desengaños sin cuento. Sus amores son comunes, como generalmente los vemos en el mundo, y su amante ni aún viene rodeada de la fantástica aureola de espléndida belleza que acompaña á las aéreas ondinas que habitan en palacios de cristal entre los torbellinos de espuma del nebuloso Rhin. Una cabecita rubia como los áureos cabellos de la

FUNDACION SANCHO EL SABIO FUNDACION

encantadora Loreley; ojos azules cual los lagos tranquilos que á ésta la sirven de morada; labios bermejos como pétalos de rosa temprana; y mejillas frescas, de cútis suave y delicado;.... hé aquí todo el objeto de los cantos del enamorado poeta aleman. Leyéndolos, sentís una sensación extraña de impaciencia, de miedo; aquellos amores, que devorais ansiosos, son los vuestros; parece que el poeta ha sorprendido vuestros misterios, y llorais y os quejais cuando él se queja y llora. Este es, sin duda alguna, el secreto del encanto que nos produce el vate de Dusseldorf.

En estas cancioncillas del Intermezzo resplandece con todas las brillantes cualidades que le colocan á altura tan envidiada entre los líricos de Alemania. Breves y rápidas como los gritos con que expresa el alma sus afectos, amargos y apasionados, tristes é irónicos, tiernos y crueles, respirando ilusión y destilando excepticismo, según el sábio entender de Mr. Nerval «tenemos que remontarnos hasta el Cantar de los Cantares, hasta la magnificencia de las inspiraciones orientales, para encontrar algo análogo.

Es pues el Intermezzo un poema en que sus estrofas sin ilación aparente se juntan en una unidad común: el amor; es segun la comparación del ilustre publicista, un collar

de perlas en que cortado el hilo que las une no se separa ninguna.

El Regreso es el reverdecimiento de los amores del poeta, la expresión de los afectos que reviven en su alma al despertar recuerdos evocados por la contemplación de lugares donde trascurrieron sus amores, con sus alegrías y sus tristezas. Todas las notas que hemos señalado al Intermezzo las hacemos extensivas á este que pudiéramos llamar segunda parte del poema.

Y permitidme que, como puente que me vá á llevar al estudio de Becquer, copie un párrafo referente á Heine, de la más ilustre de nuestras escritoras contemporáneas, doña Emilia Pardo Bazán:

«En España, el país de las grandes leyendas de amor, la nacionalidad que elaboró el mito sublime de «Los amantes de Teruel,» eclipsó el promontorio de Lèucade con la «Peña de los enamorados,» y colgó de las rudas almenas feudales la elegiaca lira de Macías el trovador, la pasión amorosa ha sido cantada muy glacialmente por los poetas líricos, y no se encuentra en la inmensa antología española, un grito sincero que como el de Safo, atraviese las edades sin enfriarse ni perder su intensidad y acción comunicativa. El calor y efusión, el derramamiento del espíritu, se quedaron entre nosotros para los

místicos. Nuestros poetas glosaron quizás amoríos de pastores y zagalas en versos que huelen á tomillo y ondean flexibles como rama de sáuce, tejieron una vez más, por ventura, la corona de rosas y mirtos del Cupidillo griego, ó parafrasearon en semejantes estrofas, un amor nieto de Platon é hijo del Petrarca, que aletea en el éter sútil de las regiones metafísicas. Pero un cantor como Heine sacudido y extremecido hasta la médula de los huesos por pasiones devoradoras; hijo verdadero de la edad en que vivimos cuyo mal le roe las entrañas y forma en ellas destilando la hiel de la estancada bilis, la concreción preciosa del más exquisito humorismo; un cantor que entreteje con las rosas del deleite los azules *no me olvides* del ensueño ideal y funde en vaporosas y afiligranadas estrofas reclamo de sirenas y cántico de ángel era para nosotros cosa presentida, necesaria y no disfrutada aún, y al dar con él le hemos abierto los brazos.»

Para mí el poeta que llena este vacío es Becquer. Hay en sus Rimas páginas en que el autor vá depositando todas sus amarguras, todos sus dolores, un fondo de desesperada realidad que al mismo tiempo que como sirena engañosa atrae, no permite que soltemos el libro hasta apurar el perfume delicado que exhalan sus versos; y al terminarlos, se

sienten agitados todos nuestros nervios, y en el cerebro vagar un mundo de quimeras é idealidades que hacen pensar en la muerte del poeta, abrumado por aquella musa, —al decir del amador constante de las azules campanillas, — «fecunda como el lecho de amor de la miseria y parecida á esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, y que concebía creaciones sin número, á las que ni su actividad ni todos los años de su vida, serían suficientes á dar forma.» No he de ser yo quien relate la causa de sus desventuras amorosas. Sin duda la adivinais todos. Se enamoró de una mujer tan hermosa que:

«Ella tiene la luz, tiene el perfume,
el color y la línea,
la forma engendradora de deseos,
la expresión, fuente eterna de poesía.»

Su pasión es ardiente, volcánica, inmensa, y al parecer es correspondido, pero no tardá en descubrir que es el corazón de la hermosa *nido de sierpes, en el que no hay una fibra que al amor responda.*

Como el Intermezzo, las Rimas son todo un poema, aunque mucho más completo que aquél. El Intermezzo compendía el amor que Heine siente por su adorada. Amalia; en las Rimas se encierra la vida toda de Becquer; primero, se revuelven en su interior sus aspiraciones, sus deseos; luego, se siente poe-

ta; más tarde ama, ama y sufre, y por fin, pensando en lo ¡solos que se quedan los muertos!, crea una composición tan llena de melancolía, tan acabada y correcta, y en que que pinta tan diestramente con su mágico pincel, que no dudo, en mi incompetencia, en asegurar que es una de las mejores del idioma castellano.

Becquer como Heine, interesa, conmueve, porque en esas composiciones cortas, rápidas, originales, caprichosas, ha dejado impresa su alma. Becquer escribe esos versos llenos de sentimiento porque hierven, allá en los rincones de su cerebro, los hijos de su imaginación que reclaman el vestido, la forma que ha de hacerlos «presentables en el mundo de las ideas»; es el ruiseñor que sintiendo arder en su pecho la fuente de la vida, el amor, se deshace en la callada noche en torrentes de armonía que brotan de su mágica garganta, y suenan como lluvia de perlas argentinas al caer sobre copa de cristal; es el laud que despues de exhalar dulcísimos sonidos de sus cuerdas de oro, se quiebra en mil pedazos. Esta es la causa del entusiasmo, de la simpatía que inspira Becquer; ha escrito con las gotas del dolor la historia de sus amores; el libro de sus amarguras, lo lleva grabado entre los pliegues de su alma destrozada.

Becquer se muestra como adorador ferviente de la idea, y de tal manera es su esclavo, que hasta se desliga de las trabas del consonante para moverse dentro de la rima imperfecta con mayor independencia y desplegar todo el lujoso atavío de sus pensamientos entre la brillantez de la forma poética.

No falta quien le haya llamado el Alfredo de Musset español por la analogía que con éste tiene; la ilustre autora de «Un viaje de novios,» comparándolos, dice «que el vate de Sevilla es ménos despreocupado, refinado, aristocrático y elegante, con más seriedad en la pasión y más frescura en la fantasía» que el inmortal autor de «Las Noches.»

Por último, aparece tan original como nadie hasta él se había presentado en España. Y que ha creado escuela dígalo el tropel de imitadores que se afanan en seguir al *poeta de las golondrinas*, no pudiendo asemejarse á él más que en una cosa, la menos esencial ciertamente, el tamaño de sus composiciones. Y ya que toco esta cuestión permitidme que como de pasada consigne la protesta que un eminente crítico, muerto, por desgracia, para nuestra literatura, hace de la denominación de *suspirillos líricos*, que el inspirado autor del «Idilio», el poeta de más robusta y vigorosa entonación dá á esas «composiciones de

corte y saber germánicos, con las cuales expresa nuestra adolescencia poética, sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida. «Ciertamente,--dice el Sr. Revilla, que es el crítico á que me he referido,—cuando esos engendros significan todo esto, son dignos de reprobación, y aún pecan de ridículos, pero cuando esos *suspirillos* son el eco de la amargura intensa que devora el alma de un Heine, ó de la melancólica tristura que mina la existencia de un Becquer; cuando en ellos se retrata el malestar ingénito á los hijos de este siglo, la duda que mata las creencias, el rudo desengaño que agosta la juvenil ilusión, ó la amarga decepción que seca la esperanza, entonces no hay derecho para condenar este género muy bello y muy digno de estima, y al cual despues de todo rinde tributo el mismo Sr. Nuñez de Arce, como lo prueban las dos delicadas composiciones de sus «Gritos del combate», *Recuerdos, y Crepúsculo»* que al cabo á ese género pertenecen, por más que no sean *suspirillos* porque en espíritus del temple del Sr. Nuñez de Arce, los suspiros participan algo del rugido del león.»

La protesta, saliendo de la pluma del señor Revilla, es digna y apropiada á la fama literaria del eminente lírico que tambien supo definir y censurar á la cohorte de satélites

de los poetas objeto de esta lectura, pero en modo alguno puede referirse á los que supieron guiarse con inspiración propia y privilegiada.

Decia que ninguno como Becquer se ha presentado con fisonomía propia y particular, como verdaderamente original. Y no es que —según mi entender—haya imitado á Heine. No sé quién ha sido el primero que ha lanzado tal especie, pero sí que Teodoro Llorente, en el prólogo á la traducción de las obras del poeta alemán, se queja de que el señor Rodriguez Correa defienda al malogrado Becquer de imitador de Heine. La Sra. Pardo Bazán confirma la manera de pensar de Llorente y opina «que fuese por deliberado propósito, ó lo que es más probable por afinidad intelectual y asimilación involuntaria, Becquer llegó á beber el aliento á Heine tan cerca que—siguiendo tambien en esto al señor Llorente—intercaladas muchas poesías de Becquer en una perfecta traducción castellana de Heine, no se notaría diferencia entre ambos autores.» Y Llorente escribe á este propósito: «basta leer las obras de uno y otro para convencerse de que Becquer imitó á Heine. Sería el caso más extraordinario de inspiraciones coincidentes, la igualdad del asunto principal, la analogía de sentimientos, la identidad de tonos, y la semejanza de for-

mas métricas que hay entre las Rimas y el Intermezzo.

Yo, Señores, no veo la inmensa dificultad, ni la extraordinaria coincidencia de inspiraciones idénticas que se pretende establecer para negar al vate español el dictado de original. Porque si los dos poetas de que me ocupo se sentían atormentados por el fuego del amor, si en los dos sufría su alma aquejada por grandes dolores, es natural que expresen análogos sentimientos y en la misma identidad de tonos. Además de que un poeta que como Becquer posée, hasta derrocharlo, el riquísimo caudal de imaginación que es su mayor tesoro, y que ve cruzar por su espíritu los tristes fantasmas de la realidad que pugnan por salvar la valla que los sujeta y convertirse en ideas, no necesita beber en extranjera fuente para dar á luz sus nunca bastante apreciadas Rimas. No me opongo á que habiendo leido á Heine flotara en torno suyo el ambiente embriagador que enloquece de sus *lieder* ó canciones, pero no creo que por esto se le puede tachar de servil imitador.

Heine es mucho más independiente que Becquer, pero esta independencia le arrastra muchas veces á exageraciones y extravíos que en mi sentir perjudican á la clase de composiciones que admiten la comparación con la de nuestro vate nacional; la Amalia

de Heine no deja de ser una encantadora rubia que enciende en efluvios de amor el corazón del poeta aún niño, el que, transcurridos los años y despues de casada aquella, vá sustituyéndola en su pecho con tantos otros amores grabados en las páginas de «Nueva Primavera»; al paso que nuestro Becquer, luchando siempre con el mismo horrible desengaño, ve cómo se apaga lentamente su vida hasta que muere agobiado por el dolor.

Declaro francamente y sin asomo de pasión, que esa dulzura, esa melancolía, esa tristeza infinita que parece que surge de las Rimas y que sin quererlo os hace pensar en el desventurado cantor para tomar parte en sus duelos, la encuentro mucho más delicadamente manifiesta en Becquer que en Heine. Para mi son, pues, muy superiores en el concepto en que las estudio, como páginas de amor, las Rimas al Intermezzo y Regreso. No niego que extensivamente considerado Heine es más poeta que Becquer; es decir, que si el uno al pintar dispone de los siete colores del iris el otro los combina de tal manera que lucen en sus cuadros todos los tonos y matices, y todos los innumerables compuestos que salen de los simples. Aquel humorismo de Heine, aquella gracia aristofanesca, aquella ironía fina y delicada, en Becquer apenas

si hace más que asomar tímidamente; pero lo repito, comparo el Intermezzo á las Rimas, y aunque en aquel chasquea algunas veces el látigo de la sátira, prefiero la suavidad y melancolía de Becquer, á todas las demás condiciones del poeta alemán.

Una cosa puede achacarse á Becquer; á pesar de la brillantez de la forma, algunas veces la descuida y presenta hasta extrañas disonancias. Recordemos que no pensaba publicar sus obras sin prévia corrección y que se muestra tan apasionado adorador de la idea que parece que huye de las trabas del consonante para no distraer la atención del lector con la armonía de las palabras. Para mí este es un nuevo encanto.

¿A qué más música que la que llevan á nuestra alma aquellos versos sentidísimos en que cada frase es un mundo de poesía, entre cuya filigrana brilla un pensamiento como perla en estuche de cristal? Precisamente nuestra literatura se resiente del constante empeño de los versificadores de amontonar palabras rimbombantes, unidas por el lazo de la rima perfecta, y producir esas composiciones interminables, huecas y ampulosas y casi exhaustas de ideas, que nada dicen, fatigan y jamás conmueven al lector. Hasta en esto se muestra Becquer como propio y original.

He terminado. Los estudios literarios cansan á todo aquel que no siente alguna afición por ellos, y este cansancio es mucho mayor cuando los hace persona tan incompetente como yo.

El entusiasmo que me inspiran los dos poetas objeto de mi lectura me ha obligado á hacer tan larga disertación, movido más que nada por el deseo de estudiarlos con el más prolijo cuidado. Si consiguiera que en vuestras horas de tedio os deleitarais, —repitiendo las palabras de la Sra. Pardo Bazán, — aspirando el perfume de un ramo de azahar ofrecido por Becquer, ó contemplando la celeste corola de los azules *no me olvides*, regalado por Heine me consideraría satisfecho; así se compensarían las molestias que mi lectura os ocasiona, con los deleites que aquello llevaría á vuestro espíritu.

Febrero 24 de 1888.

LA MUJER

Y LA

POESÍA LÍRICA

Pensad en un cuadro en el que el pintor haya puesto los colores todos de su paleta, la luz al cielo robada, el interés de la composición, en las figuras del primer término; allá, en el fondo, hay lejanías vagas que se esfuman y pierden; tonos grises, indecisos, que no acaban de ahogar sombras inconcretas, incorpóreas é informes; trazos como soñolientos y sin matiz; líneas que no se marcan; puntos que bogan en el horizonte entristecido y confuso cual las ideas en la mente errática que á la región del ensueño se eleva. Imaginaos oir hermosa cantata en que las dulzuras arrobadoras de una melodía inefable, los primores todos de la gama musical, estén sostenidos por una cantúria monotona y cansada; se mantengan flotando en el correr de temas, de acentos siempre iguales, sin vida siempre, contrastando con el rumoroso bullir de cristalinas notas con engarces de arpegios unidas, encadenados con eslabones de oro, para engendrar

deleitable conjunto, todo armonioso en el que, por la pobreza de los acordes, de los sonidos que le acompañan y siguen, más se destaca lo nitido y brillante del canto, más alucina y atrae este con el poder misterioso de lo bello.

Permitidme que en esta ocasión, ¡ya veis qué inmodestamente os lo pido! sea, en el cuadro lejanía confusa, trazo incoloro, matíz incierto; sombra que no acaba de formarse; en el concierto con que mis compañeros os regalan,—obsequio merecido á vuestros honores y deferencias,—cantúria inarmónica, tema sin idea, nota que no vibra, disonancia extraña cuyo solo mérito es engrandecer los muy grandes de aquellos, abrillantarlos más al contrastar con los que me faltan, como más fulguran el diamante entre el negro terciopelo de una hermosa y las estrellas cuando rasgan con beso de luz las sombrías lobreguece de la noche. Y perdonad el largo simil, por gastado casi inservible.

No temais, también os lo aseguro, el empalago de doctrinales disertaciones; ¡ventajas de estar con ellas reñido ya que no por ánsias del deseo por insuficiencia de la mente!

Un si es no es poeta, amante inconsciente de la poesía, aunque con las amarguras y el penar hondo del que ni es digno de postrarse ante la pudorosa doncella para hacerse su esclavo, no ya su amador fiel y rendido,

¿á quién sino á la poética inspiración y á vosotras, que hermosamente la encarnais, había de dedicar la penuria—como mía—de este humilde trabajo?

Téngalo ella, tenedlo vosotras como cuenta de vidrio que no logra refulgir entre el oriente deslumbrante de la rica pedrería que orna las sienes de la cándida vírgen; miradlo como á flor sin vívidos colores que entre otras que los lucen pretende desplegar sus pétalos tristes..., pero no olvideis que la té es poder grande, poder incontrastable; que el aroma de la campestre madreselva sube al cielo, en los altares de Mayo y para loor de la Reina de los Angeles al igual que el de la rosa ensoberbecida, y que os doy cuanto tengo en mi afán de entonar un himno á la mujer, considerándola como fuente de poesía, como la poesía misma que teje con el hilo de oro del amor los más inspirados, los más espléndidos, los más grandilocuentes cánticos, vibrantes y sonorosos á través de los días y de los siglos como suena vibrando arrollador y formidable el asunto que los produce, la atracción mútua que los inspira, el sentimiento que los crea, el gérmen vigoroso que enciende el corazón del vate y caldea su mente para hacerle prorrumpir en arrebatados deliquios y encendidas, amorosas estrofas.

Por eso, al verme obligado á escuchar ex-

citaciones del deber escogí este tema. He creido que seriais mi inspiración como la sois del decir poético que en el amor y para el amor vive.

No es sólo el amor, claro está, el que inspira á la poesía toda; ni aún la lírica, género al que por imposiciones del tiempo aquí he de circunscribirme, siéntese únicamente impulsada á deshacerse en misteriosos efluvios y en torrentes de mágica armonía por el hálito abrasado de dos almas que para fundirse en una se agitan y buscan; no, más extenso es el campo donde la candorosa vírgen, como muchacha en primavera, espiga sus flores, y más abundosos los manantiales donde recoge el agua bendita de la inspiración.

El lucero que parpadea; la luna surcando el mar infinito del espacio; el tembloroso rayo del sol; el estremecimiento de las ondas de luz que chocan y se entrelazan en dorados círculos; el perfume, en uno fundido, de dos violetas; el morir de la tarde; el risueño nacer del día; el parlar de la fuente y del regato; el rumoroso batir de alas movidas por ánsias iguales; el cuchicheo de la brisa entre las hojas nacientes de los árboles; el abandono amedrentador de las ruinas; el ruido quejumbroso de la selva; el arrullo melancólico de las amantes tórtolas; el aroma de la oración

volando al cielo; el frío del alma ante las naves de una iglesia sin culto y sin ara..... hé aquí la poesía. Mas también hé ahí al amor. Esas son las galas de la lírica, esas sus deslumbrantes preseas, sus ricos joyeles, sus instantes de arrobamiento en los cuales hasta las regiones divinas se eleva para descender luego, vuelta en sí del éxtasis sublime, á aletear en la frente del poeta é infundirle el concepto delicado; la palabra centelleante; el sentir hondo; la cláusula pulida; el correr loco de las ideas que saltan como las chispas de un incendio; el pensar altísimo y profético; el agitarse de todo su ser á impulsos de eléctrica conmoción; el estro ardoroso; la cincelaldura del ritmo que corta en períodos simétricos la frase como *las dos sartas de perlas que adornan el cabello de una princesa;* las riendas de oro de la rima, finalmente, que atan el derroche de pedrería sembrada con generoso arranque en el halagador deslizarse de versos que son música, y de endechas que deleitan, conmueven, arrastran y alucinan.

¡Ah pero no es esto solo la lírica! y precisamente cuando no lo es resulta más grandiosa, más potente, más social, por así decirlo, ya que logra encarnar no pocas veces en el canto del poeta, como expresión que es de sus sentimientos, los sentimientos de todo un pueblo, de una multitud, de una colectivi-

dad que siente al unísono con su divino intérprete, que piensa como él, que como él abreva en las mismas inspiradoras fuentes y que con él confunde su alma, el alma avasalladora de las muchedumbres, para ascender á Dios y ensalzarle; para proclamar en himnos candentes las glorias de la patria, para dolerse con sus dolores y de sus desdichas lacrimarse; para extasiarse ante la soberana hermosura del mundo físico, pregonar la del moral y recrearse meditando en las grandezas del espíritu.

Y entonces más interesa y más conmueve porque en las ánsias del cantor vemos nuestras ánsias; en sus regocijos los que nos alegran y alborozan; en sus pesares los nuestros; en el impulso ardiente de librar á la nación oprimida, los mismos que por las venas del pueblo corren; los propios propósitos en los suyos; su entusiasmo, en el que dejamos traslucirse en el generoso sentir que nos anima y nos mueve á obrar en una dirección determinada.

Por eso, ¡privilegios, que no se disputan, del genio y del arte! el poeta es eco de lo que pasa, de lo que muere, de lo que se vá; recuerdo vivo de ideales que se derrumban al viento de los siglos ó de los accidentes de la historia; adivino de lo que surge y nace; heraldo de lo porvenir; ó despertador de sen-

timientos que duermen en el fondo del alma, de acciones que brotan al calor de la voz que las vuelve á la vida, de hechos cuya magnitud se mide por el éxito que los corona.

Pero ¡qué quereis! obsesionado, tal vez, por las atracciones de mi asunto, hasta cuando la lírica realiza tan altos fines pretendo ver en ella la influencia innegable del amor.

Amor que en el salmo se sublima ante el Omnipotente en éxtasis de imponderable hermosura; en candentes concentos en el himno litúrgico y pátrio; en magníficos apóstrofes y arrebatadas armonías en la oda religiosa; amor que llora dolores del alma y desdichas de los pueblos, en la elegía; jugoso y campestre en la albada, la vaqueira y la pastorela; amor juguetoncillo, fresco y risueño cual juvenil pasión, en la anacreóntica; devastador como el torrente, incendiario como la llama, en el canto heróico que empuja á los hombres al combate; apacible como el río de tranquila corriente en las odas moral y filosófica; tierno y delicado en el madrigal; frenético y descompuesto en el ditirambo; sereno, con la serenidad del mármol que el cincel pule en la canción; brumoso y triste como cariño sin esperanza en la balada; melancólico y doliente, verdadera elegía amorosa, en la *saudade* portuguesa, en la *añoranza* de los gallegos, en tantas coplas como por ahí andan en boca

del pueblo para expresar ternezas, quejarse de desdenes, ó rugir venganzas.

Porque, no lo dudeis, siempre que la lírica dibuja esas sus tendencias, y se muestra así manifestándose, ama; porque amar es creer en Dios y en la contemplación de sus excelsas perfecciones arrobarse; amar, sentir lo grande de todo lo creado, y expresarlo; amar, reconocer las bellezas de la religión y cantarlas; amar, ir por la patria hasta el sacrificio que solo á los héroes se pide; amar, abismarse meditando en las sublimidades del mundo moral; y llorar á los séres queridos ó las desgracias del suelo que nos vió nacer; y perseguir un ideal de belleza, de verdad, no ofrecido por nada de lo que nos rodea; y por aspirar al bien, á la virtud reprender el vicio y contra el mal revolverse; y amar es, por fin, deleitarse con las delicias de la existencia terrena que nos brinda el juego de los amores plácidos y leves, la agitación alocada del baile, la efervescencia bullidora de los vapores del vino, la carcajada de la alegría, el coronarse en el placer con festones de rosas como aquel viejo Anacreonte eternamente jóven en los dominios de la bella literatura.

Ahí teneis, pues, involucradas y revueltas las especies de poesía lírica: la religiosa, la naturalista, la erótica, la moral, la filosófica, la elegiaca, la patriótica, la festiva, la satírica....

Y aún, así es de inexhausta su vena, de imponderable y volátil su esencia, no se habrá agotado la inspiración lírica; porque ella en el sentir del hombre flota y se esparce, y son tan várias, tan ricas las formas que aquel puede adoptar, que ni el rayo de luz se descompone en tantas irisaciones y matices, ni paleta de pintor ofrece tantos colores y tonos, ni caleidoscopio alguno combina tantos cristales y espejos como engendra sentimientos en divinal elaboración el maravilloso caleidoscopio del alma.

Mas no, no he de ir tan lejos que me extravíe en disquisiciones – si estas lo fueran—agenas al punto preferente de mi atención.

¡La mujer; el amor;! ahi es nada! La existencia con sus nubes de lágrimas y su cohorte de placeres; con su cortejo de dolores y su alborazado explotar de alegrías. El instinto y el deseo; la ilusión riente y la realidad desconsoladora; el afecto llenando las aspiraciones mejores y la ingratitud negándolas; el corazón avasallándolo todo y el olvido llevándose hasta el recuerdo de lo que fué; las más grandes desdichas al lado de la felicidad columbrada entre poéticos rosicleres; junto á la madre el hijo, junto al amado la preferida del alma; el hombre todo, para decirlo de una vez, alzándose hasta lo alto ó revolviéndose entre

el barro y la escoria; postrándose de hinojos ó irguiéndose altivo; yendo sereno en pos de la razón ó como juguete de las pasiones, ola entre escollos, moviéndose en inacabable vaivén de esperanzas, de miserias, de vicios, de virtudes... Pero no, no temais, es todo eso muy grande para que en mi pequeñez pueda abarcarlo. A tanto equivaldría querer encerrar el majestuoso correr de la luna entre los míseros carriles de una vía férrea; es preferible contentarse con guardar su disco de nácar en el estuche de cristal del tranquilo lago cuando en las aguas se retrata en la apacible y silenciosa noche.

Así yo no hablaré del amor en sus múltiples manifestaciones, ni del amor conmoviéndo á los poetas todos para que en obras de todos los tiempos tradujesen su inspiración, sino del amor en la lírica, del amor exteriorizándose, surgiendo del alma de quien lo siente como de la flor el perfume; cristalizando en bellos decires el sentimiento íntimo del vate; rompiéndose en impalpables armonías que se deslizan por los áureos versos como la cinta de espuma por la playa, como el rizo del viento por las frondas.

Y concretando aún más, habré de limitarme á estudiar hasta dónde la mujer ha sido parte en la inspiración no de la lírica toda—puesta antes por mí en el amor como sentimiento

universal que luego se diversifica según el objeto que se propone—sino en el amor en su círculo más estricto, en ese como lazo que une y atrae á dos que se buscan, en ese sentir noble y puro que nace del alma con ánsias devoradoras, en esa *alma mater* sagrada que crea el mundo, lo conserva, y propaga rosarios de generaciones, numerosas como los instantes de los siglos, cual el polvo de los imperios que se derrumban, pasando por ella inconmovible, eterna, como es eterno é inmoble el orígen de donde procede.

Y ya que de cosas de imaginación hablamos, con la imaginación trasladémonos á la aurora naciente del mundo, á los días primeros de la existencia paradisiaca.

El rosa y el zafir pintan el cielo; la luz tiene deslumbradores cambiantes nunca igualados; carreras de soles no acaban de llenar la amplitud de la bóveda inmensa, brilladora como áscua de fuego; las áuras se deslizan mansamente llenándolo todo de melodía mágica con sus dulces trovas; los ríos cantan al correr, y el torrente que se desata, y la fuente que se destrenza, y el arroyo que se desliza, modulan en sus juegos armónicos acordes; el boscage se abre en lucientes abanicos de esmeralda; la noche no se tiende en sombras que amedrentan, porque su collar de estrellas refulge en el límpido azul como polvo de oro,

ni se arisca el día con tormentoso tronar y relampagueante hendirse del espacio; las fieras se humillan y el águila caudal no acecha desde la región de los aires al cándido cordero....; el hombre es el rey indisputable de lo creado; cuanto existe se le rinde y postra como al señor sus súbditos, como el solar sistema al centro magnífico que lo arrastra y guía.

Y sin embargo, el hombre se aburre, está solo; cuanto le cerca es el amor y al amor, para serlo, que así es de generoso y altruista, precísale expansionarse á otro ser, dar á otro amor lo que de grande y noble tiene, fundirse con él en uno solo como se abrazan y confunden dos nieblas que contrarios vientos empujan; hacer partícipe de sus regocijos, de sus fatigas al que, á una con el amor que quiere, padece y se alegra.

Y la mujer vino, fué creada como una necesidad del amor, como exigencia de la creación misma.

Y esplendorosa, radiante, para que todo en el hermoso concierto pregonase las glorias de Dios, la mujer se ofreció como la obra más perfecta, como la señora del hombre ante la que rendido y amante se postrase para besar sus plantas. Ni más ni ménos, para seguir una comparación ya dicha, que los soles que arrastran tras sí mundos de claridad y armo-

nía, dibujan círculos de luz y etéreas ondas girando obedientes alrededor de otro foco superior, supremo, que sobre ellos manda y se enseñorea.

Que si algo fué el hombre sin la mujer con ella se convirtió en su siervo, esclavizado por el triunfo armipotente de la belleza.

No lo dudeis, pues, y vuelvo al tema; si la lírica es, como muchos preceptistas quieren, anterior en el orden de prelación á la épica, la primera de sus manifestaciones nació con el primer hombre subyugado, *mal ferido de punta de amor*, que podría decirse, por los encantos arrogantes, por las soberbias esplendideces de su compañera.

Y natural es, suponiéndolo tan avasallado por tales prendas, que de sus lábios surgiera como una plegaria el himno de agradecimiento al Creador de tanta maravilla, y de su alma, como amorosa canción, el desplegarse naciente de sentimientos dormidos, el esparcirse de la esencia olorosa que llenaba todo su ser, el abrirse de su espíritu á la contemplación extática, al asombrado mirar sin cansarse, á la expresión, en definitiva, muda y con palabras, desde lo más íntimo á lo que más se manifiesta, de aquel raudal de luz que llovía abundoso sobre las tristuras de su organismo sin vida antes, viril y potente ahora...

Ahí está la lírica brotando al conjuro de

la mujer como el fuego al de la chispa; ahí está el poeta recogiendo inspiración y pasándola por el tamíz del espíritu para darla luego en expresiones fogosas, en imágenes vistosísimas, en períodos musicalmente pronunciados, en ese himno sublime del amor, en fin, lo bastante intenso y sonoroso para traspasar los siglos y conmover eternamente las almas.

¡Con qué placer, si no temiera cansaros, y si el tiempo no me recordase que vá dejando trascurrir muchos minutos en mi obsequio, me arriesgaría á recorrer con vosotros el amenísimo vergel de la lírica á través de los días vários y de los pueblos todos!

Bien que con facilidad podría extraviarme; que son tantas sus misteriosas encrucijadas y tan fantástica, por lo brillante, la pompa con que se adereza, que alucinado y confuso habría de rendirme al encanto como el mísero nauta de la leyenda alemana se entrega y rinde al poder engañoso de la rubia Loreley cuando circuida por encajes de cristal dá al aire sus mágicas canciones al peinar con peine de oro sus áureos rizos.

Resistamos la peligrosa tentación y concretemos, para ir acercándonos al fin, las leyes generales por que la lírica se rige: primera, al revés de la épica, que requiere para su desenvolvimiento una sociedad poco adelantada, la lírica florece y mejor despliega su

manto vistoso y multicolor en los tiempos en que las relaciones sociales se determinan en una forma fija y en una organización completa. El carácter de esta poesía explica el fenómeno. Segunda, la lírica es tanto más individual, más subjetiva, ménos épica, por así decirlo, cuánto más el espíritu se separe de los objetos del mundo exterior para reconcentrarse en sí mismo, mirarse en sus intimidades y llenar el deseo, la necesidad que le vence y arrastra de representar no lo real, sino los propios sentimientos, sus reflexiones, lo que le impresiona y conmueve, el fondo de su pensar y de su vida toda. Por esto allí donde la personalidad humana no ha tenido el desarrollo que le es anejo la lírica vive apegada á los épicos troncos, chupando sus jugos y dándoles en cambio su esencia libre y vaporosa para supeditar el hombre, el indivíduo, á la familia en el antiguo patriarcal régimen; á la casta en los grandes imperios teocráticos; á la ciudad en las clásicas nacionalidades; al principio del absolutismo del Estado en los tiempos modernos. Y por eso, tambien, la contemporánea, al moverse en épocas de transición y de crisis tremendas es vária, rica y culminante en las manifestaciones de su desenvolvimiento. Tercera, éste, en la lírica marcha al compás del progreso del espíritu y así sus grados pudieran señalar-

se, en términos generales y abstractos, en la lírica popular, en la erudita ó sábia, en la filosófica.

Con estas ligerísimas indicaciones que he creido necesarias para mejor encerrar el tema en trazos bien determinados, paseemos rápidamente nuestra mirada, siempre con la limitación que me he impuesto y relacionándolas tan solo con la influencia que á la mujer le cabe en ellas, por las líricas oriental, clásica y romántica.

El Oriente es la cuna del sol; todo es allí deslumbrante; desde el amanecer que desgarra los velos de la noche con brochazos de oro y retazos de púrpura hasta el pensamiento centelleante como las piedras preciosas que cría, coloreado cual las túnicas de sus mujeres, las plumas de sus pájaros y las flores de sus selvas.

Pero tambien allí la conciencia, el espíritu indivídual están como absorbidos por tantas maravillas; y abrumados por la contemplación de una naturaleza exuberante y grandiosa no aciertan á dejarla de admirar, dando así tonos épicos á sus cantos líricos. El poeta más nos revela allí su poquedad, su anonadamiento frente á los espectáculos que le asombran y humillan que sus íntimas aspiraciones, sus sentires más hondos.

Así aquella soberbia prodigalidad de ador-

nos y galas, aquel derroche de imaginación, aquel brillantísimo sucederse de metáforas y comparaciones, aquel poder creador que se revela en un lenguaje empedrado de tropos atrevidísimos, de frescos colores, de fantásticos deslumbres.

Y así, tambien, esa imponderable presea que se llama lírica hebráica, la más grande, la más hermosa, cuyos gritos de entusiasta transporte traspasan las edades y las centurias y de la cual para querer sublimarla como merece necesitaríase la pluma, mojada en divinas inspiraciones, de aquellos Moisés, Jeremías, Habacuc, David, Salomón y tantos otros que la engendraron.

Aquí, en ella, el espíritu busca á Dios y hasta El se eleva en entrañables raptos; la imaginación quiere como disiparse y deshacerse, en perlas de pensamiento y lenguaje desgranada, ante la majestad inefable del que todo lo puede.

Perdonadme, no podía hablar de orientales composiciones sin referirme á aquella arpa mágica, muda cuando cuelga de los plateados sáuces de los babilónicos rios, al llorar su cautiverio y la ruina de su ciudad querida los hijos de Judá.

Mas, en resúmen, y haciendo abstracción del pueblo hebreo, de donde si algo dulce y grande pudiese decirse á la mujer habría de

tomarse, porque nada se semeja á los idílicos transportes del más tierno de los idilios, lo cierto es que en la lírica oriental la libertad de expresión suple al sentimiento vivo y papitante, y que ni las inspiraciones alborotadas y sensuales de Jayadeva y Kalidasa en la India, ni las poesías eróticas del Chi-King en la China, ni menos algunos rasgos amorosos de los caldeos, pueden dar más que pobre idea de la influencia de la mujer en esas literaturas.

En cuanto á la lírica árabe flota en su torno un como espíritu caballeresco al que la mujer no puede ser extraña. Cierto que la primitiva, la anterior á Mahoma tiénese por más inspirada, pero también que la civilización que en los siglos medioevales crearan los califas fué plantel fecundo de gran número de poetas. Eróticos y cortesanos muchos, artificiosos tal vez, más cuidadores de la luminaria de la forma que de la verdad y alteza del fondo, son siempre muelles, blandos, coloristas, ecos de pasiones feroces ó de sensuales deleites. Vaga su poesía amorosa, así y todo, en un ambiente soñador y meridional que, aparte de dar orígen, acaso, á esos brillantísimos bajo-relieves que se llaman romances moriscos, engendra páginas zorrillescas, recordadoras, por sus alicatados de encage, y su filigrana maravillosa de aquellas

arquitectónicas labores de arábigo gusto que parecen tejidas por las hadas con espuma de cristalinos colores para contentar el ensueño delirante del poeta.

Mas no inspira, no, á las literaturas de Oriente el amor tal como lo concebimos; allí es pasión de los sentidos ó debilidad orgánica, no pura atracción de dos corazones que mútuamente se anhelan. Y es que la mujer, entre aquellos pueblos, no tenía las preeminencias, los galardones que el cristianismo deposita á sus plantas.

La lírica amorosa de los clásicos, de los griegos y romanos, tampoco se envuelve en las aéreas gasas de un amor ideal; más bien se agita febril entre el espasmódico vibrar del de los sentidos ó incolora y fría apenas si tiene vigor para otra cosa que para traernos con la memoria de los siglos los nombres de algunos inspirados por los pasionales ardores.

Grecia, que proclama el culto á la belleza, que tiene en su Olimpo á Venus, de las espumas del mar nacida, por las Risas, los Juegos y los Placeres arrullada, no podía cantar otro amor que aquel con que hieren sensuales los ponzoñosos dardos del hijo de la ciprina diosa; y así, rebuscando en la pródiga antología de la lírica helénica, apenas si nos es posible arrancarla otras armonías para nuestro pro-

pósito, que aquellas por Terpandro preludiadas en su lira de siete cuerdas; las eróticas de Alceo, las vehementes, encendidas de Safo que parecen trazadas con caracteres de fuego en el correr de los siglos; y por fin, las de Anacreonte, juguetonas, risueñas, lozanas siempre, pero dañosas como el niño alado que empapada su rizosa cabellera de oro por la escarcha de la noche llama á la casa del viejo poeta para herir su corazón con la áurea flecha del amor; ligeras como el sonoroso bullir del vino, cuyos deleites canta, en el placer escanciado; alocadas como el estrépito del baile que las inspira.

Y aún suenan menos las que se escapan de la lira de Roma. Eco de aquellas, no tienen el frescor de la originalidad, de la inspiración vírgen y sin trabas; ¡que siempre el reflejarse de un rayo de sol será más pobre y pálido que el rayo mismo que se refleja!

Así, Catulo, imitando versos sáficos y alcáicos, si es tierno y delicado hablando de amor mancha sus ternuras con el chiste atrevido y el obsceno decir; si Tibulo se queja en amorosas elegías con dulzura admirable, cae á las veces en sensualistas excesos; si Propercio al cantar á Cinthía se produce con vehemencia y energía, degenera fácilmente, en cambio, en impúdico; si Horacio, que su númen poderoso posée todos los tonos y el

laud de su alma todas las cuerdas del sentimiento, quiere en enamorodas estrofas rendirse, ó se contamina del mal de su época, ó resulta, porque á su genio se acomoda mejor, apacible y tranquilo, no impetuoso y arrebatado; y á Ovidio, por último habría que tacharle de confusión y artificio cuando no reprobásemos con dureza las seducciones peligrosas de su *Ars amandi*, y los atrevimientos amatorios á la dama de su pensar dedicados.

Y es que el paganismo si crea Lucrecias, Virginias y Cornelias, más produce Mesalinas impúdicas que arrastran el manto de las virtudes de la mujer por el cieno de la corrupción imperial; y si el amor es algo etéreo y ráudo, como aroma divino en que se anega el alma, no puede surgir más que de espirituales fuentes; nunca del alborotado sucederse de días sin fé, sin religión, nunca de aquella bacanal sin nombre en que los romanos embotan sus sentidos y pudren su espíritu, disipada, deshecha, al ímpetu arrollador de los bárbaros y al deslumbrante río de luz que mana de las áridas escabrosidades del Calvario.

Es pues, menos altísona, menos profunda, por ser menos creyente y depurada, la lírica amorosa de los clásicos que la de los orientales.

Y viene, por fin, el arte romántico, el cris-

tiano, el libre, como las inspiraciones que por él corren cual soplo de vida.

Su sola consideración entretendría no á mí, sino á vosotros, señores ateneistas que sabeis de esto y de todo más que yo, largas horas y prolijos discursos.

¡Harto os voy cansando! Conceded, pues, á mi torpeza en englobar en grandes síntesis muchas ideas, unos cuantos instantes dedicados á recoger el hálito misterioso de las nuevas corrientes que la lírica sigue.

Expresión de sentimientos es esta; ¿y cuándo había de desenvolverse más sin obstáculos, más sin trabas, si no cuando una religión pura, grande, proclama en doctrinas indestructibles la libertad del espíritu é infúndela en pueblos vírgenes, libres como el aire de sus bosques, como el empuje formidable y regenerador con que todo lo destruyen á su paso para cimentarlo sobre bases más sólidas y fuertes;? ¿cuándo había de desplegarse más generosa que al arrancar su vuelo del subjetivismo que la informa, de la idealidad en que se esparce; que al nacer del alma, libérrimamente dueña de sí, nido de sentimientos de donde surge?

Ya no se absorbe en la contemplación de la naturaleza; ya no se aliña con primores de forma, que oculten la penuria del fondo; el pensamiento es suyo, y siéndolo, en sus raptos

de inspiración, y en sus entusiastas gritos de victoria sabrá mostrarlo en multicolores facetas, desentrañar sus misteriosas elucubraciones, desenvolver sus inextricables pliegues, vestir el riquísimo atavío de sus formas, entregarse á él como esclavo á su soberana para tenderse en inefable inspiración por todas las literaturas y todos los hombres.

¡Y como no, además, si en ese despertamiento de lo que antes dormía á la mujer la toca, tambien, aparecer radiosa, con todos sus privilegios y sus consideraciones, cual rosada aurora naciendo de tétrica noche?

No era nada y lo es todo, y en aquel fermento de ideas nuevas que germanos y eslavos lanzan al espacio con los gritos que al combate les excita, la de respeto y consideración á la mujer vá dejando trás sí, como esperanza que ha de realizarse, estela luciente.

Y desde este instante, bien que señalándose su desarrollo por grados sucesivos, el florecimiento de la lírica es tan portentoso, tan variado, tan espléndido que no es posible compendiarlo en pocas líneas. Que ¡quién recoge y abraza el desplegarse arrogantísimo de los rayos del sol cuando caen en lluvia de luz sobre las flores que se abren á su beso! Así las ideas, esas flores de la mente, rasgan su broche de color para recibir el sol de las

nuevas inspiraciones que las vivifican y lozanan!

La lírica de los pueblos regeneradores, en su originalidad aún pagana; la nítida y deslumbradora de la edad media cristiana; la que arranca del Renacimiento; hé aquí los tres grandes círculos concéntricos en que el género lírico va ensanchándose y creciendo.

No me es permitido examinarlos ni aún con una ojeada general, vaguísima; ni siquiera en el particular de la lírica amorosa en ellos comprendida como la parte en el todo. Me falta tiempo.

Mas ante la poesía medioeval de los cristianos, ante la profana de los trovadores he de pararme un instante.

Porque la primera, rica y profunda como el pensamiento que guarda en sus cantos, tiene, aún aderezados con formas sin aliño, rudas, veneros inagotables de inspiración ardentísima. Y también toma su sentir de la mujer; y también la ensalza amorosa; y también, aunque solo fuese en el desgarrador *Stabat Mater* nos ha dejado un fúlgido reguero de perlas negras de tan raro oriente que no lo anubla el tiempo, antes más lo abrillanta, para mostrarnos en aquellas elegiacas estrofas, como el dolor desoladas, como el acero penetrantes, la pena sin nombre de la Bendita entre todas las mujeres, su espantosí-

sima soledad al pié de la Cruz donde muere lívido, exangüe, el Hijo amado de la más amada de todas las madres.

Y en cuanto á la lírica provenzal, ¡qué más quisiera que trasladarme con la imaginación á aquellas cortes de amor donde esplende y vuela con sus alas de oro!

Allí suenan con vibraciones perennemente jóvenes, perennemente halagadoras, las tres cuerdas del trovadoresco laud: *amor*, *patria*, *fides*; allí aquellos torneos de la inteligencia de que son reinas damas; allí las sutilísimas disquisiciones, ligeras como sus juegos, acerca del amor; allí la lozana flor del *Gay saber* creando una nueva poesía lírica; allí las innúmeras galas con que esta se adorna acoplándose en rimas caprichosísimas y multiformes para ser estuche del pensamiento; allí los dorados salones al placer de los más nobles sentidos abiertos; allí, en suma, el vate disputando el premio de la victoria, alcanzándolo, y yendo á rendirlo de hinojos, simbolizado en la trémula y fragante rosa, ó en la violeta de oro, ante la mujer, la encarnacion de la poesía, la poesía misma.

Poesía es esta, la de los provenzales, superficial, artificiosa, si quereis, pero ¿quién duda de que aporta al árbol de la general inspiración fecunda sávia, y quién ha de negar que han creado no pocas poéticas leyen-

das y eróticas composiciones la vida aventurera del errabundo trovador; sus canciones exhaladas á la luz de la luna, al pié de la gótica ventana de feudal castillo; su quejumbroso canto mientras muere de amor la dama de sus ensueños? Recordad aún nuestros Juegos florales, las serenatas de amor junto á la reja cargada de claveles, el allí parlotear entristecido de la vihuela, las alegrías populares de la rondalla y ved si ha muerto el linaje de los enamorados trovadores.

Me extravío, ya desde ahora, entre el follage abrumador de la lírica amorosa. Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal, España, siguen afanadas los recientes senderos.

Los poetas que los cruzan, llevados por el norte de la inspiración, no he de citarlos; no acabaría nunca de hacerlo.

Y mucho menos contaré los astros de luciente brillo que en esas naciones se destacan en el cielo lírico del siglo que ya muere.

He de contentarme con recordar que la musa lírica llega en él al apogeo de su grandeza. Así lo quieren el predominio del sentimiento indivídual, poderoso é incontrastable; las crisis que nos conmueven empujándonos á la lucha de las ideas; la libertad por donde las esferas del arte corren orgullosas; las esperanzas que nos agitan y las dudas que nos corroen; el impulso espontáneo que nos im-

pele á cantarlo todo y el ánsia de ideales siempre nuevos que nos lleva á no respetar nada, ni en pensamiento de fondo, ni en vestidura de forma. Es la matrona altiva, soberbia para los que no son dignos de poseer sus encantos, de arrogancias que asombran y esplendideces que alucinan; la beldad deslumbrante cuyo majestuoso vuelo solo son capaces de seguir los que no se desvanezcan en las ondas de serena luz con que marca su paso.

¿Cómo no ha de tener también la lira de oro de esa musa, cuerdas para el amor y para el amor trovas sentidas?

Sí que las tiene, y sí que resuenan en melódicos ecos en los corazones de vates y más vates por el amor traspasados. Y como enumerarlos á todos me es imposible, solo citaré para que sea como cifra y compendio del amor del presente, al vate inmortal de las *Doloras*, al poeta nunca viejo—aunque la nieve corone su cabeza—de los *Pequeños poemas;* al cantor indisputable de la mujer de ahora. Este solo asunto valdría para muchas disertaciones. ¿Cómo he de hacerlas yo, que además de seros fatigoso en demasía me faltan las agudezas críticas para aquella labor indispensables?

Contentáos, viniendo de mi, con que os diga que Campoamor retrata el mundo, á vuelta de filosofías que parecen peligrosas y en

su trascendencia son casi inocentes, y en medio de pinceladas de escepticismo poético que más bien es paradoja en quien cree en todo, como un huerto amenísimo, de venturas cuajado, en el que hay deleites sin número, flores, aromas, árboles, luz, armonía y sobre todo ello, como remate primoroso y centro de atracción irresistible, la mujer.

Sin ella, para concluir, no hay amor, no hay lírica.

Ese mudo pintado por el ilustre autor del *Tren expreso*, que rodará por los confines españoles mientras haya bella literatura y amantes de lo bello, trocárase, en tal caso, en espantoso cuadro que traería á las mientes el recuerdo de aquellos desoladores dias soñados por la fantasía de Flammarión para el fin del globo, aterido por los hielos, fulgurante por la aurora boreal que se descompone y refleja en cambiantes y matices varios en los cristales de los enormes témpanos, resquebrajándose desde sus cimientos en moles de granito y montañas desnudas, conmoviéndose desde su base milenaria, mientras allá en un punto, el hombre solo, el último hombre, arrecido, trémulo de pavor, horrorizado, dá al aire, con el postrer aliento, el postrer canto de amor á su Dios, á la naturaleza que á sus plantas se hunde y desaparece, á la mujer última,

tendida á sus piés como frío despojo de la muerte.

Pero, no, la poesía no se vá, no muere mientras haya mujer.

Que

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
el color y la línea
la forma, engendradora de deseos
la expresión, fuente eterna de poesía.

Poesía eres tú, dice á la mujer otro poeta, uno de los más estremecidos por el amor ideal por el amor deseado *en el sueño, en lo imposible*

vago fantasma de niebla y luz

en lo incorpóreo, en lo que no se toca.....

Mientras exista una mujer hemosa
¡habrá poesía!

exclama el mismo melancólico amador....

Y figuraos, habiendo tantas, de que sois vosotras galana muestra, qué derroche de sentimientos habrían de inspirar vuestros encantos, nunca bastantemente sublimados, aunque los más excelsos vates derramen en lluvia de perlas el aljofar de su pensar y sentir poéticos en versos inmortales.

29 Nov.—6 Dicbre. 98.

FUNDACION SANCHO EL SABIO

TENDENCIAS LITERARIAS

EN LA

ESPAÑA DEL SIGLO XIX

PRESENCIAMOS la agonía de un siglo. No muere el coloso sin estremecimientos y convulsiones, ni se rinde á la inmisericordia de los años sin sacudir sus músculos de acero y despertar sus energías de cíclope.

Al despedirse de la vida fúlgida y luciente que agitó sus días con espasmos de neurosis, mira tras sí, y al ver la aureola de sus triunfos, el vuelo que á las artes marcara, el científico arrollador adelantamiento, el progresivo mejorar de la industria, el rio de esplendente luz que todo lo envuelve, igual las audacias arriesgadas de la inteligencia que el trabajo afanoso sobre la materia que se transforma y engalana con vestiduras nuevas, parece como arrepentirse de su monumental esfuerzo, de su obra gigantea para proclamar el solo imperio de la violencia, el ímpetu avasallador é irrespetuoso que ante nada se detiene, el conculcamiento de la justicia, el olvido de todos aquellos axiomas de elemen-

tal derecho pregonados *urbi et orbi* por todas las naciones que quieren llamarse cultas, el enseñorearse, en una palabra, de la fuerza, vencedora en última instancia, de la razón, de la justicia, de lo equitativo, de lo noble, de lo bueno.

¡Que no otra cosa significan, después de todo, los llamamientos á la guerra para dirimir cuestiones entre formidables países; las almibaradas sutilezas de la diplomacia; la distinción entre pueblos decadentes y poderosos; el reparto, con que se sueña, de estas ó las otras regiones; el despojo infame que de algunos territorios se realiza no amoldándolo á reglas honradas y justas sino disfrazándolo con la máscara de humanidad y defendiéndolo, ¡los mejores argumentos que se conocen! con acorazados que espantan, con ejércitos que amedrentan, con medios de destrucción grandísimos, devastadores, como es grande cuanto soñaron la fantasía arrebatadora y el pensamiento creador del siglo que ya muere!

Y así, al final de un período que civilizador se llama, á vuelta de poner y más poner ese siglo en el pináculo de la cultura, vémonos obligados, en su loor, á cantar un himno á la fuerza, que orgullosa y soberbia reclama el reconocimiento de los prestigios que le son debidos.

Y no se tome esto por paradoja, que fuerza es, á la postre, y potencial creador, llevar la voz y el pensamiento en alas de misterioso fluído á través de los océanos y de los continentes; y juntar los mares destruyendo los obstáculos que á su unión se oponen; y recoger la palabra, que es la idea viviendo, para que con sus mismos aderezos de inflexión, tono y timbre surja con palpitaciones de vida del aparato que la encierra; y traspasar el corazón de los montes para que los pueblos se aproximen; y soñar con velocidades vertiginosas que el vapor recorre con bufidos de fiera domeñando olas encrespadas y salvando cordilleras que al cielo suben; y fuerza es tambien arriesgarse por las escabrosidades del pensamiento filosófico para idear sistemas y fundar escuelas; y acertar, con las intuiciones maravillosas del genio, en el trazo acabado del cuadro; en la factura vivida, con sangre y con nervios, de la estátua; en el libro que inicia una revolución; en el poema que guarda la existencia de un pueblo; en la tendencia crítica que endereza á la verdad los ojos del juicio; en el problema mecánico que ahorra combustión y trabajo; en esa vorágine de inventos, finalmente, de delirios que aciertan, de sueños que se realizan, de creaciones que se cumplen, de prodigios que asombran, que vienen á ser, en definitiva, como la cimera

multicolor del casco y escudo nobiliarios, como la diadema refulgente que corona la existencia de los tiempos en que óbranse tantas y tales maravillas.

Y de todo esto, que es, en concreción brillante, la literatura, quiero yo hablaros. Eso es, sí, historia literaria, lo sabeis vosotros; porque nada cual ella reproduce como á distancia una civilización, una época; ni ningún espejo mejor para reflejarse en su vida toda el pueblo que decae ó progresa, la centuria que muere, la idea que se abre paso por entre preocupaciones y trabas tradicionales; el acelerado correr del humano adelantamiento ó su estancarse, como el rio ante la esclusa, como las aguas en el infecto pantano.

Mar inmenso es la literatura á donde van á dar todas las corrientes de la civilización. Allí el afluir de la ciencia, del arte, de la filosofía, de la historia, de la crítica, del periodismo, del adelantar de la industria, del moverse agitado del comercio, de la invención nueva que electriza y confunde.

Así los épicos cantos guardando los hazañosos hechos y las conquistas inenarrables por lo grandiosas; la epopeya haciendo resurgir del polvo del olvido civilizaciones muertas; la lírica que ensalza en raptos de loa el descubrimiento científico ó la comercial actividad; el himno religioso que sublima á Dios

y se transporta en vuelo de admiración á ideales regiones para cantar glorias sacrosantas; el teatro, que retrata la existencia con sus carcajadas de placer y sus paroxismos de dolor, con sus combates de vicios y virtudes, con sus triunfos ó desventuras; la estrofa alada en que se envuelve la audacia filosófica, el rasgo amoroso, el entusiasmo ardiente, la blasfemia maldita; y así también, la novela llenándolo todo con sus arrogancias de matrona vencedora, acogiendo y dando cabida á todos los géneros y á todas las manifestaciones artísticas, propagando el problema sociológico ó sirviendo de vulgarización á la ciencia; la oratoria ofreciéndonos ya que no el acento sí la palabra escrita de los grandes señores de las multitudes, á las que esclavizan con el centelleo de la frase y el quemar de la idea echada á volar en rítmicos períodos; el libro científico, de religión, de costumbres; al epístola escrita con pluma de oro; la historia que guarda el aroma del tiempo y el ruído de las generaciones que por sus hojas pasan dejando impresos su carácter, sus leyendas, la aspiración que quieren llenar, la conquista que realizan; el periodismo, finalmente, con sus grandes méritos, con sus grandes defectos, viviendo vida vertiginosa, vibrando halagador para unos, mortificante para otros, guardando en una hoja que muere

apenas nace la fisonomía de un pueblo, de una nación, de un momento de los tiempos, de una tendencia determinada, de un deseo que se inicia, verdadera instantánea fin de siglo de la que nadie se libra cuando nos acecha con sus cristales y que nos embellece ó afea según los efectos de luz, el punto en que nos sorprenda ó la actitud en que nos encuentre.....

De todo eso quiero hablaros..... ¡Que pretensión más loca, direis...! Ya sé que la tarea es grande y el esfuerzo poco.

Solo me alienta la confianza en vuestra bondad sin medida; la resolución de no dibujar más que tendencias de los diferentes géneros literarios en el siglo que ya concluye, y el deseo de presentaros bebida grata á vuestros paladares, acostumbrados más que el mío á gustarla. Solo temeré que por conocida os canse y os empalague pronto por carecer yo del necesario refinamiento al brindárosla.

Y así al contemplar la agonía del siglo XIX, amarga cuanto puede serlo para nosctros, al sorprender con rápida ojeada su literatura, tendremos como en aromosa y quintesenciada manifestación la de toda la labor civilizadora que ha zurcido el tiempo desde los años primeros de nuestra centuria, con brillantísima urdimbre de oro casi siempre, á las veces

con burdos retazos que sirven de contraste á las delicadezas y primores de aquella.

Por eso os hacía mirar atrás, á los dias que á los que corremos preceden; por eso presentaba en montón las preseas que como conquistador triunfante lleva nuestro siglo; por eso toda la labor que ha realizado quería que refluyese en la literatura, último reflejo de sus glorias como es la cima de la empinada cordillera punto fulgarante, de luz y colores bañado, donde chispea el postrer rayo del sol que se pone, que muere.

Difícil me ha de ser trazar el bosquejo, el cuadro en simple esquema concebido, de la literatura del siglo XIX; y como en la mejor comprensión del asunto influirá mucho la manera de presentarlo, de aquí que opte por englobar la materia en géneros literarios estudiándolos separadamente—claro está que con las limitaciones que me señalan mi escasez de conocimientos y la carencia de espacio—y refiriendo lo poco que de ellos pueda decir á la épica, la lírica, la dramática y la novela.

Dos grandes sucesos marcan, determinan, los dos períodos en que nuestra literatura puede dividirse; ambos son como el explotar de sentimientos antes dormidos, como el lanzarse á la vida de ideas que germinadas al calor de los accidentes de la historia solo

esperan el *levántate y anda*, de Lázaro, para correr, volar, agitarse llevando la propagación del incendio á cuantos con ellas comulgan y se compenetran.

Esos sucesos, ya lo sabeis, son el alzamiento nacional de 1808; la revolución septembrina del 68. La primera es la protesta arrogante, viril, de todo un pueblo que contra el invasor extranjero se arma para morir matando en aras de la independencia querida; la segunda, esencialmente política en su forma, social en el fondo, es el grito de victoria sobre ideales que cumplida su misión mueren, el resucitar de otros nuevos, el iniciarse de una vida exuberante y jóven por senderos que se ofrecen sembrados de porvenir riente y de consoladoras esperanzas.

¡Ya veis qué juntas, como muchachas que de la mano van á coger flores, se unen la literatura y la historia para espigar datos que conserven las remembranzas de las naciones, su peculiarísimo carácter, lo que de ellas debe conservarse y vivir con perenne existencia!

Y como eco de esas voces revolucionarias, bien que no se las puede considerar, porque no lo son, como sus consecuencias inmediatas, encontrámonos en el campo de la literatura con dos escuelas, el romanticismo y el realismo, que por él discurren en distintas épocas para influir grandemente, si no con

decisivo impulso arrollados los obstáculos de instauración, en las obras literarias que en aquellas se producen.

El Renacimiento nos trajo el amor á la antigüedad clásica, griega y romana, con los dos bandos de humanistas y oscurantistas; y ese ardor, ese afán de remover las cenizas apagadas de civilizaciones muertas produjo el clasicismo. Hermosa hoguera que se aviva y crece con sus penachos de llamas y su diadema de brilladoras chispas, pero que no agitada por el viento del entusiasmo en el primer promedio del siglo XVIII y medio oculta en parte del XVII por las nieblas del conceptismo y culteranismo, se debilita y apoca hasta mostrarse como rescoldo casi apagado que tiene la virtud, no obstante, de alumbrar á aquellos literatos, que no cito, que aparecen como reformadores de nuestra poesía, de nuestro teatro, hasta de nuestra prosa.

Y contra ese clasicismo, de que son astros esplendentes al nacer el siglo actual, pero astros que lucen con propio fulgor, apenas tocados por el sutilísimo eter clásico, Quintana y Gallego, vá á esgrimir su acero la espada romántica.

Esos dos vates son como la anunciación de la nueva escuela; el primero, sobre todo, parece que la columbra en los arrebatos de

su inspiración, con las videncias misteriosas del génio.

Mas veamos lo que era el romanticismo. Liberalismo literario hubo de llamarle Víctor Hugo, y basta con recordar que apellidábase á los clásicos partidarios del *antiguo régimen* para que se comprenda el carácter tendencioso de las dos escuelas.

La una, la innovadora, la revolucionaria, venía á destruir lo existente, á echarlo por tierra, á ensanchar la estrechez hética de aquellos principios en los que se moldearon *segun arte*, que pudiera decirse, las frías abstracciones trasplantadas al mundo nuevo desde la atmósfera enrarecida de los tiempos paganos.

Como damisela almibarada y melíflua el clasicismo no consentía que se arrugase ni uno solo de los pliegues de su túnica griega, de su *pallium* romano; las célebres unidades dramáticas eran cánones rigurosísimos que nadie podía romper; la quintesencia de la forma la extraía afanoso del habla para aliñarse infatuado sin mirar los peligros de la hinchazón y el amaneramiento; era, en suma, como flor exótica que á fuerza de cuidados vive como vida artificial en la estufa del invernáculo con peligro de ajarse y soltar uno á uno sus pétalos al recibir el aire oxigenado y puro que por el bosque vuela entre las frondas.

Y el viento romántico, que flotaba ya en el ambiente tormentoso de las naciones que se abrían al soplo rejuvenecedor de la libertad y de instituciones é ideales nuevos se arremolinó junto á la nube cargada en Francia de eléctrica corriente y tornándose en vendaval furioso rodó por Inglaterra, Italia, Alemania, España, para barrer los artificios retóricos y los puristas excesos; para destruir el alambicamiento frío de una forma rebuscada y sin vigor; para llevar la inspiradora idea á un sistema que conscientemente ponía sus méritcs en la imitación de momificadas producciones; para traernos la nota colorida y el perfume que embriaga; para romper con aquella forzada gravedad y aquel pomposo revestirse de galas sin brillo que destruían todo lo natural queriendo elevarse á la prosopéyica grandeza; para terminar, en suma, con el servilismo respetuoso y estéril á todo lo antiguo é infundir, en cambio, en las esferas del arte, el hálito libre que removara lo marchito, diera vivificadores gérmenes á lo que decaía, y vigorizara esplendente á lo que surgiendo de lczanos renuevos prometiase como esperanza redentora y regeneración que resucitaba lo muerto.

Eso era el romanticismo; y aparte de los románticos preludios quintanescos que en el desorden de su estro febril y de su altísono

y entusiasta cantar inicia, sin que la profese, la nueva fé,—algo así como el pájaro que entre los árboles vierte en trinos, porque siente la necesidad de hacerlo, las armonías de sus notas aligeras;—y fuera de las dudas románticas de Larra en su *Macias*, de los atrevimientos, audaces entonces, de Martinez de la Rosa en *La conjuración de Venecia*, puede decirse que la nueva escuela éntrase de rondón en nuestros dominios traida por los varones que el absolutismo condenara al destierro; entronizada triunfante en la lírica y en el teatro por el Duque de Rivas; refulgiendo en calurosos arrebatos, que aun electrizan á una generación, en los ardientes ímpetus poéticos de Espronceda; juntando en espléndida ajorca en los inmortales versos de Zorrilla el oro viejo de la tradición y la pedrería de la leyenda; propagándose en joyas de recamada y primorosa labor, en inmarcesibles creaciones por García Gutierrez y Hartzenbusch concebidas con vuelo genial para encanto del alma y gloria perdurable de la hispana escena.

Ya lo veis, como observa la ilustre escritora, un noble de linage, un bohemio impenitente, un ebanista oscuro, un soldado desconocido son las columnas firmísimas de la romántica mansión: ¡Qué mucho que por tanto tiempo se mantenga erguida y orgullosa si parecen sostenerla de consuno ador-

nada con el laurel siempre verde, el brillo del blasón, los encantos de lo que fué, la fortaleza de las armas, el aroma del amor, y la base firmísima del pueblo!

¡Cuántos dias corridos desde la musa romántica, imperante y señora á los de la muchacha desenvueita que al realismo personifica!

¡Qué de victorias ganadas; qué de incruentos combates reñidos!

Antes el clasicismo derrotado y maltrecho; ahora los románticos escondiéndose á los golpes que los realistas les dirigen.

Ni es ocasión de explicar diferencias entre realismo y naturalismo, ni momento de elevarnos á la génesis de esta doctrina literaria.

Si lo hiciésemos habríamos de encontrarla, tal vez, en el prurito, en el hombre ingénito, de conformarse con la verdad como la imágen se conforma en el espejo donde se refleja con la figura reflejada; y si quisiéramos ennoblecerla con la pátina del tiempo y el lustre de viejos pergaminos, tendríamos que desenrrollar aquellos perfumados por la gloria que á nuestra literatura picaresca envuelven, y aún los que proclaman el linaje maravilloso, divinal pudiéramos decir, del mejor libro del mundo, del eternamente jóven *D. Quijote*, sublime revelación del formidable poder del genio que, á semejanza de Dios, de quien es destellar pálido, crea y produce.

No es pues, de hoy, la genealogía realista; ni aun en sus excesos de desgreñada mujerzuela que se complace en revolver el cieno de la sociedad para arrojarlo al cándido rostro de los idealistas, dejaríamos de encontrar precedentes en la labor literaria de los siglos.

Lo que sí es nuevo, lo que sí es censurable lo que ata al sistema con los eslabones de un exclusivismo que hasta con la libertad del arte riñe, es ese su afán de aparejarse, al extremado me refiero, con la ciencia de hoy, atea en el fondo; es el encadenarse á la experimentación como el biólogo á los fenómenos que á su estudio somete; el vestirse con los adornos del fatalismo, del positivismo, del materialismo que erige en sus galas obligadas; el contraer el pensamiento á las mismas leyes á que los graves obedecen; el afán de retratarnos la bestia humana en lo que más de irracional é inmundo tiene; el ánsia de proclamar como señor del hombre el *temperamento* olvidando las reconditeces del alma y prescindiendo de ella como fuente del sentir y del pensar, que los corifeos de la escuela ponen solo en los nervios, en los órganos, en el retorcerse de los músculos, en las vibraciones carnales, en el furioso embestir de la pasión saliendo de la materia como la sangre de la herida.

Ni acierto á retratar en pocas líneas al

naturalismo y realismo, ni es prudente condenarlo solo por las intransigencias de sus fanáticos campeones.

El sano, el bueno, se tiende sobre todas las obras literarias de todos los tiempos como ambiente más ó menos enrarecido en que viven, y lo mismo es de censurar, especialmente en determinados géneros, las idealistas elucubraciones que los bajos deleites del realismo. Sobre que tengo para mí que realismo é idealismo pueden vivir muy juntos sin mancharse, como no se manchan la Aldonza Lorenzo y la simpar Dulcinea cuando la sublima la imaginación del loco inmortal; y sobre que es flaqueza del humano linaje tener que arrastrarse unas veces por el polvo de la realidad para volar otras libre y limpio de él á las regiones quiméricas del ensueño.

Idealismo y realismo, en su esencia, pueden completarse, y nadie desdeñará la obra en que en feliz maridaje se alien, ni aquellas otras, si las condiciones indispensables para vivir no les falta, nacidas igual del beso de la inspiración en el ensueño feliz, que amasadas con el barro recogido en experimentadora labor y constante trabajo de incesante estudio para crear cuerpos con vísceras y organismos con existencia propia.

De lo que si hay que protestar en nombre de los fueros del arte es del empeño de redu-

cir la esfera de éste á la de la ciencia, de encerrarla en ella para que no se agrande sino á su compás y por su virtud. No, mejor es dejarlas libre el horizonte en que se mueven para que se toquen sin confundirse cuando no lo reclamen las exigencias del género, y para que se hinchen con libérrimo poder cuando el espacio las llame á que rueden por él sin obstáculos, sin tropiezos que embaracen su camino.

No sè si me pierdo en la consideración de las escuelas realista y naturalista, pero aún he de notar, para que luego veamos cómo se implantan en doctrinal derrame por la literatura española del siglo, de qué modo se parecen los ataques de que son objeto á los que el romanticismo padeciera al desenvolverse, y cuál se parecen los románticos de hoy poniéndose frente al realismo, á los clasicistas de ayer lanzando furiosos denuestos contra el romanticismo.

Bien que toda innovación es peligrosa y tiene que derribar las piedras que en su calvario se le ponen, y bien, además, que la depuración que del debate nace es como la propaganda precisa para el desplegamiento generoso y arrollador de las ideas que se discuten, que vencen después de la lucha enconada y encarnecida.

Apuntaba antes que se zahirió con enojo

al romanticismo como se denuesta ahora el realismo y ¡casual coincidencia! tanto se parecen los ataques, como hace observar la Sra. Pardo Bazán, que los que contra una de las escuelas se lanza podría suponerse para la otra pensados.

Así el motejar á la romántica de escoger lo monstruoso y repugnante para sus creaciones, como lo prueban varias del autor de *Los Miserables*; así el acusarla de revolverse entre el cieno para mostrar lo bajo y vil, los antros sombríos, el hampa del crímen, las llagas sociales, las negruras del cementerio, la deificación de la maldad; así hasta considerarla como corruptora del lenguaje por usar las palabras más vulgares y los términos más bajos. Leed lo que del naturalismo se escribe y juzgareis como no descaminada la comparación que establezco.

Y si empezando por aquel Teófilo Gautier de pluma de oro que presenció el estreno de *Hernani* con un traje estrafalario y llamativo, y siguiendo por aquellas extravagantes señoritas que bebían vinagre para empalidecer su rostro; se pintaban cárdenas ojeras; soñaban con que un enamorado galán las robase en el silencio de la noche valiéndose de finísima escala de seda; leían sin reposo novelones fantásticos y de ultratumba, y en el claustro, si no en el veneno, querían apagar las fogosi-

dades de su imaginación calenturienta y loca, y sin hablar tampoco de los *Werther* desesperados y de los *Rafaeles* lloricones, el romanticismo tuvo impenitentes sectarios, el naturalismo cuenta también con frenéticos adeptos que cuando no hacen la apología de la rúbia *Nana*, se deleitan acompañándose de todos aquellos degenerados, que al fin y á la postre no son otra cosa, que constituyen el árbol genealógico de los *Rougón-Macquart* de Zola.

Pero hoy el realismo se pasea por cuenta propia, con indiscutible derecho, por nuestra literatura y vano empeño sería cerrarle el paso porque es su empuje tal que arrollaría, por la misma fuerza de las circunstancias en que se mueve, á los que se propusiesen detenerle en su camino.

Contentémonos condenando sus extravios, impidiendo sus excesos, oponiéndonos á que muestre repugnantes úlceras ó desnudeces impúdicas y acojamos el digno, el decoroso, porque lo trae el correr de los días y llena su misión como antes la llenaran aquel de ilustre prosapia que manejaron nuestros escritores del siglo de oro, como la cumplieran en sus épocas el clasicismo y romanticismo.

Veamos ahora cómo el realismo, en cuanto escuela literaria con preceptos y principios doctrinales, ha tomado carta de naturaleza entre nosotros.

Ya lo he dicho antes, realistas son muchas páginas de las más refulgentes obras de nuestra literatura. La *Celestina*, el *Quijote*, el *Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache*, el *Gran Tacaño*, *Marcos de Obregón*, *Rinconete y Cortadillo*, el *Diablo Cojuelo*, las novelas de D.ª María de Zayas, las *ejemplares* cervantinas y tantas otras que el olvido no ha podido enterrar, en lo real se inspiran. Y los donosos atrevimientos de lenguaje, y la verdad con que las escenas se retratan guardan analogía, que así ellas son joyas lujosísimas siempre esplendentes, con el gracejo en el decir, con la fidelidad en la observación, con el colorido incopiable, con el desenfado que admira, con la profundidad que asombra, hasta con la moral sentenciosa que guardan.

Comparadlas con el caballeresco linaje de Amadises y Tristanes, Esplandianes y Olivantes, poned frente á las malandrinescas y soñadas aventuras de los libros de Caballería el frescor jugoso, en realidad empapado, de los lienzos que nuestros clásicos pintaran con pincel admirable y decid si la verdad no sobrepuja y sobrevive á lo ficticio, lo que tiene vida propia á lo que de ella carece, y si razón tenía la sobrina del buen Quijano al condenar al fuego hasta aquellos ejemplares que si se salvaron del donoso escrutinio del cura y el barbero no pueden, en cambio,

desenterrarse del polvo del olvido que los cubre. Como lo real no puede faltarnos, que es cuanto tocamos y nos rodea, teníamos, pues, realismo; de buena cepa, si quereis, de fresco aroma, sano, aunque no exacto de audacias que no admitiríamos sin reproche á ningún novelista extranjero; pero lo teníamos.

Al colarse luego con bandera extraña lo acogimos como cosa reciente cuando es lo cierto que solo por tal podíamos tomarlo si se mira á que venía á dar nueva sávia al árbol literario, á derrumbar lo infecundamente estéril del romanticismo, á concluir con las idealidades hueras á que éste se elevó extraviado ó sin freno, á derribar los molinos de viento de la ficción, y á poner en huida, como al rebaño del famoso pasage, á todos aquellos maniquíes románticos satirizados con chiste jovial por la vena festiva del *Curioso Parlante*.

Nuestro realismo llega, pues, en buena hora. Todo su mayor desarrollo lo adquiere el contemporáneo después de la revolución de Septiembre y si dejamos aparte el ya citado, el que pudiéramos llamar clásico, escritores realistas antes de aquella fecha encontraremos en Larra en sus cuadros de costumbres, en sus causticidades de genio; en Mesonero Romanos cuando pinta las *Escenas matritenses*; en Flores en su *Ayer*, *Hoy y Ma-*

ñana; en Fernán Caballero en algunas de sus mejores novelas; en Trueba en tal ó cual cuadrito popular delicadamente sentido y trazado. Después vendrá ese glorioso desenvolvimiento que parece manifestarse en la relativa serenidad que sigue á los rugidos de la revolución.

Si quisiésemos encontrar ahora, si no la génesis, el motivo del vuelo que el realismo toma en España en el último tercio del siglo, hallaríamoslo en la influencia francesa, en especial, que recibida por nosotros casi inconscientemente, á semejanza de la grande que en tiempos de mayor gloria tuvimos en otras naciones, déjase reconocer por la que ejercen las obras de Balzac, de Daudet, de tal cual de los Goncourt y Flaubert y por la decisiva, por fin, de las novelas de Zola.

Con esta cansada excursión por el romanticismo y realismo, que creo indispensable para delinear con trazos seguros el cuadro de nuestra literatura, ya que toda ella se agita entre los vaivenes de una y otra escuela, esforcémonos por sorprender la tendencia que cada género literario sigue antes y después de aquellos dos grandes acontecimientos que al principio he señalado en la guerra de la Independencia y en la caida del trono de D.ª Isabel II.

No he de señalar instantes determinados

en nuestra vida literaria, ni citaré los nombres todos que la forman. El lienzo sería más ámplio y holgado de lo que á mis fuerzas permite el colocar figuras y el distribuirlas en grupos; permitidme, que de otra manera tampoco acabaría nunca, seguir tan solo las sinuosidades de las corrientes para detenerme á las veces—en la contemplación de los escritores que las representan,—en los cristalinos remansos donde van dejando sus claras linfas.

Y ojalá sepa seguirlas, y ojalá mis juicios se ajusten á los vuestros, más perspicaces y agudos, sin duda, como corresponde á la pericia en formarlos y á la ilustración, tan abundosa en vosotros, que á mí me falta.

La épica

Es fenómeno digno de notarse que el pueblo español haya llevado su bandera victoriosa, tremolando entre lozanos laureles, á los más remotos climas, á las regiones más apartadas, y que no haya tenido un poeta épico digno cantor de tanta grandeza.

No hay que hablar de epopeyas que cristalicen en sus estrofas la civilización de todo un pueblo. Ni aún en el poema, que corresponde á un ciclo, á un período, á un acontecimiento, nos es dado alardear de épicas magnificencias.

Mejor nos dimos á la doctrina del Crucificado que supo expresarse en *La Cristiada* la sublime pasión de Jesús; las glorias de la Vírgen las siente el alma cristiana como no supo cantarlas el *Monserrate;* los hechos, que la fama pregona, de D. Juan de Austria, y la inenarrable victoria de Lepanto los ensalza más el pueblo que *La Austriada;* la grandeza de Cárlos V la comprendemos en la historia cual no en *La Carolea*; *La Numantina* no cuenta el heroismo de los habitantes de la ciudad pelendona como la tradición lo propaga entre el reflejo de las piras ardiendo y el estrépito de los muros derrumbándose; los hechos en el Nuevo Mundo realizados por los españoles, además de no inspirar el atractivo afecto que el asunto épico pide, no se agrupan en *La Araucana*, con todas sus brillanteces y arrogancias de forma, en el centro de unidad común que es condición indispensable de belleza; la rota del francés en Roncesvalles celébrala con más frescura la poesía popular que la erudita cuando en el *Bernardo* la proclama; y finalmente, el mismo estro inagotable y luciente de Lope cuando en rica labor teje la urdimbre de *La Jerusalem conquistada* cae en los defectos de elección de asunto y en el frío, que no logra caldear la vena poética no inspirada por los hechos que canta.

Solamente el *Romancero*, sarta de perlas sin hilo que las una, es capaz de llevarnos, á las veces, á las regiones donde resuenan con ecos de entusiasmo las épicas trompas.

Y si todo esto sucedía en tiempos en que los épicos cantos volaban aligeros sin obstáculo, y en que la matrona de las épicas maravillas desplegaba sus vestiduras de oro ante el asombro de las deslumbradas multitudes, ávidas del estruendo de la guerra, ¿qué ocurrirá ahora, cuando un positivismo razonador se rie de la fama, se ensordece á sus trompetazos y nos enseña que á las caballerescas aventuras medioevales, que el áureo polvillo de la poesía envuelve, á las revueltas de épocas posteriores, son preferibles, si más prosáicos, el muelle sosiego de la paz y aun el seguimiento de las oscilaciones de la bolsa?

Murió, puès, la épica; sus lorigas recamadas, sus guanteletes y sus estandartes, sus cintillos lucientes y sus airones de pluma, sus escudos y sus cuarteles, duermen en museos y armerías el sueño vetusto de las antiguas momias; son cual organismos petrificados que nos hablan de otra edad; algo así como vistosa procesión de guerreros gigantes y colosos temibles cuyas hazañosas proezas revíven en la imaginación, no en el deseo, impotente para realizarlas.

Y muerta antes de comenzar nuestro siglo, ¿qué de extraño tiene que ya en él no la resuciten el hermoso alzarse de la nación de 1808 contra falaces invasores; el reflejo de la gloriosa reconquista bajo el sol de Africa; las estériles, pertinaces y fratricidas luchas de enemigos bandos que tanta sangre han puesto en las franjas rojas de nuestra bandera; el incendio de revoluciones y alzamientos; las guerras de Ultramar; el chispazo sin brillo de Melilla; las últimas desoladoras catástrofes que, evitando lágrimas de los que nos sucedan, lloramos nosotros?

Así la pobreza de la épica en este siglo, y así también, que cuando quiere remontarse no lo haga sin el auxilio de la lírica que la presta sus alas potentes

He aquí lo que de la épica puede señalarse:

Algo de Quintana, que envuelto en vestiduras líricas es épico en el fondo; los *Romances históricos* del Duque de Rivas, esencia olorosísima de la antigua España y reguero, que nunca se borra, de luz esplendente; las *Leyendas*, de Zorrilla, tejidas con el hilo de oro de tradicionales recuerdos y de piadosa fé; sus *Cantos del trovador*, leyendario monumento levantado por una inspiración sin medida y primorosos materiales; su poema *Granada*, casi una epopeya de irreprochable hermosura oriental, compendio y broche de

la zorrillesca imaginación que borda filigranas de sublime encaje, despierta los tonos del color en su esencia, narra con acentos que parecen resucitar del pasado, se baña en célicas regiones, ó conmueve con serenatas moriscas que las cuerdas de la voluptuosidad y del amor tañen.

D. Juan Justiniano ensayó también dos poemas épicos, *Roger de Flor* y *Hernán Cortes;* de unc de ellos se escucharon las armónicas estrofas en este Ateneo; José Roure probó sus altas dotes de épico cuando trazó los dos episodios *Oquendo* y *Sebastián de Elcano.* Y cito á ambos poetas—aunque algunos más podría recordarse—por su valer y porque tienen en esta casa estimables tradiciones.

Pero observad como toda esa inspiración, que, lo repito, más está en las lindes de la lírica que de la épica, mira hacia el pasado; es un adios á los tiempos que huyen; la voz evocadora de lo muerto. Zaragoza, Bailén, Vitoria, las Cortes de Cádiz, el alzamiento de Septiembre, no tienen un canto esencialmente épico que las recuerde. La epopeya de hoy, la novela, se apodera de ellas para glorificarlas.

La lírica

Lo que á la épica falta tiénelo de hermoso

desarrollo la lírica. ¡Quién se atreve á compendiarlo siquiera!

¡Y aquí sí que nos hace falta recurrir á los períodos que antes señalábamos en nuestra literatura!

La lírica del uno tiene sonidos mejor determinados; más generosos, si así lo quereis; menos confusos al sonar en el arpa que los produce; la del otro es más varia, más rica, más inspirada por la duda, menos creyente.

La que precede á 1868 tiene acentos para la patria, la tradición, la religión, el amor—que es como el alma de la lira poética;—la que corre desde el 50 al 68, período de transición, como de calma entre dos tempestuosos, la que sigue á aquellos instantes revolucionarios, los dá débiles para la fé; encolerizados para la patria, presa del delirio de las multitudes; tristones y como exóticos para el amoroso sentir; escépticos y filosóficos muchas veces; más ingénuos y naturales casi siempre; tocados del realismo reinante en las producciones de los vates contemporáneos con mayor justicia celebrados.

Las primeras notas de la lírica, las exhala en este siglo la lira clásica. Muy tocada de romanticismo, ya lo dije antes, en los arrebatos quintanescos, en las libertades de Don Juan Nicasio Gallego, pero sin atreverse á romper en raudales de multicolores arpegios

hasta que después de un breve compás de transición es sustituida por el romántico laud.

Quintana da aquellas notas; patrióticas, incendiarias, excitan á los españoles contra el tirano que salva el Pirene para caer sobre la tierra querida; amorosas, subliman la hermosura, el placer de la danza y los encantos de Célida; propagandistas y agitadoras hácense eco de las que conmovían entonces al mundo entero y se convierten en grito del combate que los nuevos dogmas y creencias habían de reñir con los antiguos; independientes, ensalzan la libertad querida y mueven á romper férreas cadenas; amantes del progreso subliman las invenciones de la imprenta y la vacuna; elegiacas lloran la muerte de la Duquesa de Frias; eminentemente líricas se extasían ante las grandiosidades del mar; epopéyicas, para decirlo de una vez, ponen á quien las suelta como engarces de la corona de su génio, en el umbral magnífico de la España alzándose altiva contra extranjeros dominios. Que tan arrogante es la figura del cantor de Trafalgar, de la España después de la revolución de Marzo, del himno al armamento de las provincias españolas contra los franceses. Ante ella me he detenido como jalón esplendoroso, que es, que abre los linderos del siglo.

En su torno Gallego, Lista, Arriaza, Reinoso y tantos más. Los dos primeros forman con aquel la hermosa trinidad que caracteriza al período. Gallego, con perfecto dominio de la rima y de la vestidura poética nos dejó una hermosa elegía que se llama *El dos de Mayo*; Lista una joya sin precio *A la muerte de Jesús* dedicada. Ambas composiciones parece que compendian las dotes exímias de los dos maestros en el arte de decir y aún que explican sus respectivas tendencias poéticas.

Si con ellos asoma el romanticismo, aunque solo sea en la libertad de composición de que hacen gala, tras ellos y tras la musa delicada de Martinez de la Rosa triunfa y vence como campeón que solo espera, para coronarse de laurel, salir á la liza.

Lo representa como nacida en él y para él Espronceda. El cantor de Teresa tiene por suya, esclavizada al arrullo de su arpa, que tan pronto se arrebata en sublimes apóstrofes como desciende al correr sereno de la lírica, á toda una generación. Y es lástima que los excesos románticos cuajen en él como arquetipo de la doctrina ya que le adornan radiosísimas cualidades, aún no veladas por los años y propias de las deslumbrantes fulgurencias del genio.

Quien mejor mantiene los fueros de la

FUNDACION SANCHO EL SABIO FUND.

escuela es el Duque de Rivas; él la obliga á correr sin rival en el teatro; él la implanta en la lírica; él en sus romances y leyendas la honra tan grandemente que no es raro que ate á su carro victorioso falanges de adeptos.

Pero quien más la encarna es Zorrilla. Trasládese aquí todo lo que de él se ha dicho antes, mejórese cuanto se pueda para pregonar las glorias sin cuento del cantor inimitable de la España leyendaria, de la poesía de la tradición, y del viejo bardo no se habrá recogido la esencia misteriosa en que flotan sus versos todos.

Que nadie, como Zorrilla, dibujó con el habla castellana más juegos de luz, ni derrochó más colores y piedras preciosas, ni conservó en sus orientales más embriagador aroma meridional, ni tejió más maravillosas urdimbres de rima y ritmo, ni dejó sonar más cristalinas las notas de la árabe guzla, ni en el pintar brillante y caliente pudo igualarle, ni tuvo aspiraciones más sinceras para la fé, ni cantos más sentidos para lo que trasponía las cumbres del tiempo.

La lírica se inicia después en el correr de otros senderos.

Un gran salto hay desde esa época á la que pudiéramos llamar contemporánea.

Difícil es sintetizar, pero intentemos realizarlo.

El romanticismo había subido tanto, tan grandes fueron los arrebatos, ya peligrosos, de su inspiración, que no es de extrañar que los que iban á representarla tratasen de moderarlos. Por eso, simulando un prudente paso atrás se hace ecléctica, para ser luego filosófica y realista, que son los atributos que al presente ostenta.

No quiero citar nombres en evitación de que á unos se enreden otros. No tendré más remedio, sin embargo, que detenerme ante los más conspicuos representantes de esas tendencias.

Selgas, Arnao, Trueba, entre otros de sus grupos, son los cantores de los sentimientos delicados y tiernos, del amor puro, de la familia cristiana. Cada cual tiene un distintivo en su laud, y si el primero canta la inocencia y las flores, el segundo se sume en la quietud del alma que mira á lo alto, y el tercero aroma sus versos con el ambiente sano de las montañas vascas y de las costumbres patriarcales.

Y como no pienso ir caracterizando uno por uno á los poetas todos, notables muchos, solo ante Becquer, que crea escuela, y ante Campoamor, Nuñez de Arce y Balart, que aun, dichosamente, viven, he de pararme un instante.

Influído ó no por aires germánicos lo cierto

es que Gustavo Adolfo Becquer es un poeta originalísimo, de delicada y ténue inspiración, traspasado por el amor ideal, de espíritu tan cristalino y transparente como el de los místicos; de tan subjetivo sentir que ningún otro vate le supera, y de tan brillante ropaje en la forma métrica, zurcida en vistosísimas imágenes é ideas vírgenes y como centelleantes, que sus *Rimas*, hermoso collar de opalinos reflejos, durarán lo que dure el mundo del sentimiento y del amor.

Tras de estas melodías amorosas, las filosófico-sociales de Ruiz Aguilera, las inclasificables,—porque son conjunto de todo lo que á la poesía informa—de Campoamor. ¡Qué gran poeta! ¡qué perenne juventud en sus versos! ¡cuánto laurel en su lira!

Quien supiese hacerlo, no yo, impondríase un estudio del autor de las *Doloras* y por completo que lo ideara siempre quedaría un pliegue del alma del poeta recogido en las intimidades de su ser y sin mostrarse al exterior. Lo que á él le sucede cuando juega con el alma de la mujer nunca transparentada en sus misterios de esfinge! ¡Cómo pués guardar en síntesis, como en caja el perfume de las rosas, la esencia de esa poesía campoamorina, hermoso florón de la literatura del presente.

Vibra en ella la nota filosófica...; pero, ¡qué

filosofía! la de lo pequeño, la de lo vulgar que solo los ojos del genio columbran, generalizada á lo grande, á la sociedad en que vivimos, al ambiente en que nos movemos. Y en el desplegarse de ese iris luminoso ¡qué felices antinomias, qué áticas paradojas de pensamiento y de palabra, qué rasgos de delicadeza infantil y qué sentenciosos consejos de anciano experimentado.....! Cómo pasa del *drama del poema pequeño*, que es la dolora, al pequeño poema, que es la dolora grande; y cuál se complace en mostrarnos el mudo desconsolador ó risueño, desconsolador en el fondo,—siquiera los desconsuelos de Campoamor se parezcan á los de los niños—risueño en la forma, del color, en suma, del cristal con que se mira!

¡Qué gran poeta es Campoamor! más original ni simpático no le tuvimos y haga Dios que su vida, ya que la péñola descanse en el reposo de los años, no se apague nunca, como no se apagará el fulgor que su númen despide.

Filosófico como el de Campoamor, y también como el de él realista, con realismo humano, es el de Nuñez de Arce.

Cíclope que labra en las canteras de la poesía para obtener bloques graníticos que cincela y pule cual ningún otro, el autor del *Miserere* es de tan robusta entonación que

sus gritos, cruzando los siglos, llegarán á otras edades y otros hombres. Nadie como él modela los versos ni pudo soñar el endecasílabo labor más perfecta que la que obtiene en manos del titán. Vigorosa, potente, la musa de Nuñez de Arce muestra altiveces de león arrogante y soberbias de matrona triunfadora. Así, viril y enérgica, pudo condenar los excesos de la demagogia en la revolución y lanzar en el combate gritos de atleta que humillaran á la fiera levantisca y encolerizada.

Y así puede dolerse de lo que él llama *suspirillos germánicos*, refiriéndose á la imitación heiniana, porque las filigranas de amor en espíritus del temple poético del Sr. Nuñez de Arce, son como juguetes de niño en manos de gigante.

¡Qué *recuerdos*, *encantos y alegrías*, pudiéramos decir parodiando al poeta, los que nos reverdece aquel hermoso *Idilio*, que en la juventud de la vida anubla los ojos con llanto sin causa; qué dantesca y como velada entre sombra y luz *La selva oscura*; qué caballeresco *El Vértigo* y cuál sus décimas golpean en nuestros oídos con ritmo halagador; qué notas de fresca realidad en *La pesca* y *Maruja;* qué maravillas de poética dicción en el *Raimundo Lulio*; qué sublimidades de forma y profundidades de pensar en *La visión de Fray Martín;* qué poder avasallante, en suma, para

rendirnos ante la mágia del color y el aderezo sin rival de la musa de Nuñez de Arce.

Este, con Campoamor, marca mejor que nadie la tendencia poética contemporánea. La filosofía, la duda de todo que se impone al vate queriendo vencerle, el realismo, el como aplanamiento ocasionado por pesares sin causa y por ánsias infinitas que con nada se contentan,—una especie de mal de siglo sin nombre,—tienen en el autor más épico entre los líricos, más lírico entre los épicos, un eximio representante.

No hace aun mucho aparecía en los escaparates de los libreros, vendiéndose como pan bendito, un tomo de poesías, *Dolores* de que era autor el por tantos títulos ilustre Balart. Aquello fué la revelación de un poeta y aunque una crítica descontentadiza haya afeado de prosaismo esos versos, vibra en ellos tan ingénuo y espontáneo el sentimiento, tan de verdad el dolor da tono á aquellas inspiraciones reales, á su modo, que no haya miedo de que esos *Dolores* remitan su intensidad con la distancia del tiempo, ya que es humano achaque el tener que sufrir y consoladora esperanza hallar lenitivo á la pena en el amargo placer del dolor mismo.

Alarcón, Grilo, Velarde, Reina, Ricardo Gil, Rueda, Florentino Sanz, Ricardo Sepulveda, Ferrán, Blasco, Ferrari.... revueltos y

confundidos, y tantos otros, ó con vuelo personal ó acogiéndose á la sombra de aqueilos colosos, llenan las páginas de la lírica contemporánea.

Por desdicha la palpitante, la de hoy, es bien pobre en su desarrollo; los maestros enmudecen; los discípulos no aciertan á ponerse en las fronteras de oro del genio..... Parece como que la musa lírica, cansada de libar en las inspiraciones todas, se ha recogido en sus gasas de céfiro sin tender siquiera una mirada de amor, para llorarlas, á las patrias desventuras.

El teatro

¡Qué distancia hay que salvar para ir desde la enteca y fría musa neo-clásica á la ardiente y arrebatada del romanticismo! Qué espacio desde las inspiraciones trágicas de Quintana á las de Martinez de la Rosa y de éstas á las del autor del *D. Alvaro*, García Gutierrez y Hartzembusch!

El teatro, allá por los primeros años del siglo, está decaido y enclenque; que en tal situación lo pusieron afectaciones clásicas y artificios de dóctrina. Si algo se agita en él es la tragedia, pero como dama altiva que ni para morir en las tablas se descompone y arruga sus vestidos; y tal amaneramiento claro es que solo podía producir obras que

aun siendo como el *Pelayo*,—que en sus raptos líricos encarnaba en sus declamaciones las ideas de patria y libertad que vivían en el pueblo—nos parecen hoy indigestas y cansadas.

Martinez de la Rosa apunta en su escena la vena romántica, pero con toda la primacía que este teatro, gérmen de otro nuevo, marca sobre el que ya muere—siquiera se despida con violentos respiros en el *Edipo;*—decid si recordais hoy alguna producción del vate granadino y si su *Conjuración de Venecia*, reputada como la mejor, arrastra por el teatro aquel cortejo de conspiraciones tenebrosas, de amores contrariados y de carnavalescas aventuras.

Después se derrama prolijo y generoso el romanticismo por el teatro. Su triunfo fué aquí más inmediato, más ardoroso, como si el calor del aplauso precipitara la fecunda germinación de los nuevos ideales.

El Duque de Rivas, García Gutierrez, Hartzembusch.....; basta con citarlos para que á nuestros ojos se presente el brillo alucinante de las riquísimas preseas que en nuestra literatura se llaman *D. Alvaro*, *El Trovador* y *Los amantes de Teruel*.

¡Toda la luz, y será poca, para esos geniales destellos, que alumbran como el sol cenital; toda la gloria para los que en hermoso

arranque empujan por vías de oro el carro del teatro español!

Antes y en el entretanto la comedia también se transformaba por el ingenio peregrino de Bretón de los Herreros. Ensayó, con no buena fortuna el género clásico, pero á donde sus condiciones admirables le llamaban era al cómico. Con tendencias moratinianas, mejor aún siguiéndolas clara y francamente, Bretón engrandece el campo en que su vista de águila se fijó para de él enseñorearse. Y si la asombrosa pintura de la realidad que tan bien maneja el autor de *A la vejez viruelas*, si la vida que infunde á sus personajes, si la copia exactísima de observación no es realismo de buena cepa, hay que convenir en que no otro, mezclado con la acertada invención de la fábula y el tino en saberla llevar, debe mostrarse en el teatro.

Real es también el de Ventura de la Vega y como conjunción felíz de la serenidad clásica y de la libertad romántica. Una comedia, en la que asoma otra que luego tanto habrán de honrar Tamayo y Ayala, y una tragedia, claro es que de clásico gusto, bastan para dar á Vega el legítimo renombre que goza. Que si *La muerte de Cesar* será siempre manjar deleitosísimo en la lectura para delicados paladares, *El hombre de mundo* hablarános perennemente del vigor en el retrato, de la

justeza en el color, del agudo escalpelo del observar bien para que la pasión mueva las figuras teatrales, no el capricho de quien en su mente las imagina.

Y con esto puede darse por cerrado el círculo que el romanticismo inicia y concluye.

Trás él Tamayo llenando todo un período con su nombre; Ayala acercándose á la humana perfección en la alta comedia.

Parémonos un instante. Tamayo lo tiene todo; es un dramaturgo que resucita, haciéndolo palpitar de nuevo al beso de la gloria, el polvillo de oro en que se envuelven Shakespeare, Calderón, Alarcón, Lope..... Tiene régias vestiduras trágicas para su *Virginia;* para *Un drama nuevo*, imponderables grandezas acaso no sobrepujadas en la dramática del siglo; hondo estudio psicológicc, cubierto de las galas lucientes de la forma en *Locura de amor;* factura sin reproche, naturalidad sin caida en *La bola de nieve*; sencillez que acrecienta el interés de la trama en *Lo positivo;* moral- purísima en todas las obras de su teatro; en todas, también, inmarcesibles laureles tegiendo la corona del triunfo.

Teniendo tanto no es de extrañar que su teatro se extienda y agite en un ambiente diáfano, traslúcido, nunca revuelto por la tormenta, siempre sereno y en reposo. Y el hozar, por así decirlo, en las profundidades

del alma, fué también don de que Tamayo dispuso como necesario para pulsar en todos los tonos y matices las cuerdas del dramático sentimiento.

Algo también que no se olvida, que no se borra, es la labor teatral del egregio D. Adelardo López de Ayala. Me la figuro como un hermoso diamante libre de toda impureza en el claro oriente de sus facetas; como copa de cristal finísimo en la que el agua cristalina y en calma no muestre siquiera una burbuja de aire que rompa, ya que no enturbie, la serenidad del transparente líquido.

El Tejado de vidrio, *El tanto por ciento*, *Consuelo*, entre otras, son joyas de inextinguibles deslumbres. Y si Ayala cumple un papel importantísimo en la historia del hispano escenario nadie duda que le corresponde el de marcar el punto culminante donde se armonizan los desarreglos románticos y las formalidades clásicas. Ayala acumula, arreglándolos y ordenándolos, los materiales hasta entonces arrumbados sobre las tablas, y al depurarlos de cuanto se opone á la gallardía de la construcción corona con cúpula soberbia el edificio del Teatro en el siglo XIX. Es en él, un nuevo Alarcón que aristocratiza, por así decirlo, con el buen gusto acrisolado por el arte, elementos dispersos y corrientes no encauzadas.

No sé si me he detenido mucho antes de entrar en el teatro contemporáneo, el de actualidad más viva, siquiera en los dias que corremos hayan empalidecido algún tanto aquellos fulgores dramáticos entre cárdenos y esplendorosos que conmovieran la fibra del terror en las adolescencias de nuestro espíritu.

Un nombre suena potente al decir esto y vosotros todos lo repetís por conocido: Echegaray. ¡Qué portentoso se nos muestra, y cual el génio arrulló su cuna para dotarle de todos los dones! Político, orador, ingeniero, matemático, poeta..... Tengo hasta miedo de delinear su silueta dramática. Es un titán, y á los titanes, que no abundan, hay que admirarlos incondicionalmente; cierto que otros que no lo son mostrarán en sus líneas y en sus formas mayores perfecciones artísticas, pero ¿quièn duda de que asombrados hemos de mirar el desarrollo de sus bíceps de acero, y la firmeza de las columnas de su cuerpo, y la arrogancia del escultural tronco, y el sentarse como á plomo de la cabeza sobre el bien contorneado cuello?

Algo así es Echegaray; no alcanzará la perfección en el arte; ni acertará á copiar la realidad; ni el naturalismo dará cauce á su imaginación desbordada; ni hará otra cosa que señalar con su paso la reacción á tiempos que ya fueran; ni volará en su mente más

que la idea romántica aunque á las veces quiera anacronizarse con levita y guantes, con chistera y frac, pero en todas sus obras hay vislumbres de génio poderoso, y al génio cuanto más se le discute más resplandece.

Ni se para tampoco la musa del dramaturgo insigne en géneros, ni hay otra para la emoción trágica más desoladora, más horrible, más desgreñada por el paroxismo de la pasión, más espantosa en sus hermosos arranques de sublimes furores. ¡Que es tétrica, que es formidable en sus instintos de muerte, que tiñe de rojo sus vestiduras al fatídico resplandor de la sangre! Sí que es cierto, pero que también la vida se envuelve en muchos momentos en las túnicas criminosas de esa que es más que mujer, furia!

Es un progreso Echegaray?; es una reacción al pasado? No hay autor dramático que no se inspire en las ideas de su tiempo; si no lo hace morirán sus obras como mueren las flores con los hielos de invierno. En tal sentido Echegaray pertenece á sus dias; acaso encarna sentimientos, preocupaciones en estos corrientes, en figuras vestidas con chambergo de plumas, coleto de raso y capa de grana, pero salvando el anacronismo ¿qué pierde la estética emoción en el cambio de traje?

Ni deja Echegaray de meterse de lleno en la resolución de palpitantes problemas. Y en

estos, como en la mágica pintura de caballerescas escenas, de lances de honor, el vate subyuga, hay que decirlo, más que vence. Que para que nada le faltase para arrastrar al público y domeñarlo, aun tiene la pluma de Echegaray palabras que refulgen, conceptos que centellean, música dulce en el verso, atracción irresistible en aquella prosa que sin ser campanuda muestra reverberaciones de rayo y sones como el del granizo rebotando en cristalina esfera.

Sí que Echegaray vuelve á lo romántico con tentaciones que acaso no puede vencer, sí que su inspiración es desordenada y febril, pero también que estas condiciones aquilatan más los méritos del vate ya que no con ellas, si no á su pesar, ha logrado sostener el edificio del teatro nacional ruinoso al presente como abrumado por la pesantez de los laureles de otros dias.

Con esas tendencias, no obstante, Echegaray se parece poco á ninguno de los dramaturgos que le preceden, tiene de todos y no es ninguno: es Echegaray. Con rasgos calderonianos; con audacias que asombran; no manejador de la pasión como en la vida se produce, sino como en su mente la caldea; creando *tipos* más que hombres, el autor de *O locura ó santidad* tiene una significación en la dramática que en vano se tratará de negarle.

A romper los *moldes viejos* ha entrado en el teatro gente nueva con ánimo de envolverlo en los aires de la realidad.

Hermoso empeño; pero ¡cuán hermoso es siempre el acertar en el arte y cómo todas las inspiraciones perfectas viven y se esponjan al sol del público deleite á despecho de los tiempos!

Fuerza es, así y todo, porque nada más contemporáneo, hablar de Galdós y de su afán de dar á la escena toques realistas que ni son ni pueden ser nuevos; de Guimerá, de sublime inspiración que si en lo trágico se parece á la de Echegaray llévale la ventaja de estar más en orden y de arrancar de la vida con pinceles naturalistas cuadros que son una maravilla de color, de ambiente y de verdad; de Dicenta que en su *Juan José* además de ser pintor que se ajusta á lo que le rodea tiende como á llevar al teatro vientos socialistas; de Feliú y Codina que, equivocándose en lo de representar en las tablas un regionalismo que pudiéramos decir artístico, acierta en forjar un drama hermosamente humano y en aderezarlo con escenas de castiza prosapia y de claro oscuro admirable cuando copian cuadros y fiestas populares; de Sellés de indudable vena dramática en quien no siempre corren parejas los aciertos con sus excelentísimas dotes y que como el

que más preocúpase en llevar á la escena por audaces caminos.

No puede hablarse del teatro de ahora sin rozarse con el género llamado *chico*, que no pocas veces se ostenta con chafarrinones de payaso y atrevimientos más que agridulces ágrios del todo.

El género cunde; lo alimenta el público, las empresas lo acogen..., es una enfermedad del arte; porque no se mide la bondad de éste por la dimensión de sus producciones, y en tal concepto no es malo el género, sino por la perversión que introduce y el mal gusto que propaga.

Algunos, entre centenares de actos, se libran de la general censura que la corrección artística les ha dado; y si los autores acertaran—y tal cual lo hace—en lo de rejuvenecer las miniaturas clásicas de D. Ramón de la Cruz, cargadas de popular sabor y de ática gracia, entonces el género convertiríase, aún ofreciéndose en cortas porciones, en tan grande que para sublimarlo se necesitaría la pluma de los muchos que—con fortuna ó sin ella—hoy lo cultivan.

De la somera exposición—aún siendo larga—del teatro del siglo XIX habreis recogido las tendencias que lo informan; pasemos ahora al estudio de la novela.

La novela

La novela es la epopeya del presente; la

muchacha cuyo nacimiento presiden todas las hadas inspiradoras de la literatura.

Asi la encontramos de fresca y rozagante, y así la épica, la lírica, la dramática, la oratoria, la didáctica, la sátira, la epístola, el diálogo, la descripción, el soliloquio, los primores ideales y los rasgos observadores, las crudezas de la realidad y las especulaciones científicas, caben en ella para producir el género más oportuno, más viviente y vibrante en los dias que corren, más conforme con la afanosa actividad que son el distintivo de los actuales tiempos.

Buena ocasión esta de entonar un himno á la novela, que es como la síntesis hermosa de toda la literatura, y de explicar cómo ante su presencia palidecen y se entecan otros géneros que antes recibieron en oleadas la inspiración vigorosa y potente; la inspiración que ahora les falta. Pero ese solo punto podría ser objeto de disquisiciones que me alejasen de este que para desgracia vuestra y mía me tiene ocupado.

Tres momentos pudiéramos señalar en la vida de la novela de este siglo: el anterior al reinado de D.ª Isabel; el que corre con los años que forman ese período de nuestra historia; y el posterior á la revolución. Pobre, insignificante, apenas perceptible el primero; como de transición y poco defini-

do el segundo; hermoso y arrollador el último.

Nada, ó algo más, inspira á la novela en el primer tercio del siglo presente; Francia é Inglaterra mándanla en informe montón de abundante pasto, de dudosa calidad no poco, y las traducciones de obras ó melífluas ó de carácter con tendencias morales dánnos á conocer, principalmente, el génio de Chateaubriand y de Saint Pierre.

La vena romántica corre ampulosa y fluída en el segundo instante de la historia de la novela de hoy. Pero empujada, sin duda, por el impulso que de la inspiración de Walter Scott recibe, y deslumbrando, por así decirlo, con las dotes esplendentes del historiador poeta á los que, por seguir sus huellas, hácense párias de la agena inspiración. ¡Y que párias de tan nobles ejecutorias! Lopez Soler, Larra, Espronceda, Escosura, *El Solitario*, Martinez de la Rosa, Enrique Gil, Navarro Villoslada, Cánovas, Balaguer, Fernández y González, encadenándose unos al *procedimiento walterscottiano*, dejando lucir otros, como el último, en especial, ráfagas de peregrinísimo ingenio, cultivan la historia novelesca.

Ni faltan, además los que con propósitos humanitarios, con carácter tendencioso, con propagadores empeños, con ribetes políticos y aún con moralizadores afanes, ó nos dan á

conocer, como la Avellaneda, la fresca musa de Jorge Sand ó tráennos la por aquellos dias revoltosa de Eugenio Sué al servicio de nuestro Ayguals de Izco ó influyendo, si bien con disfraces que la permitían entrar en todos los hogares, en el tan fecundo como literariamente estéril Perez Escrich.

De aquel turbión de imitaciones, de manjares franceses servidos en platos á la española, de entregas á cuartillo de real, surge, sin embargo, la nota clara de la verdad compenetrándose en el alma de una mujer, de *Fernán-Caballero*, y produciendo cuadros costumbristas, lucientísimos, llenos de color y de frescura que acaso señalan la felíz iniciación de la novela contemporánea.

Con más idílicos toques, con sencillez que fascina por lo grande, pero moviéndose en el estrecho escenario de nuestras montañas, Antonio Trueba, de menor reputación indudablemente, la sigue; y no puede olvidarse tampoco á Selgas si á considerarlo vamos como uno de los escritores que dió al traste, al seguir otras maneras de componer, con aquellos encantados castillos, aquellas maravillosas aventuras, y aquel convencional espíritu creador en que tan vario y poderoso se muestra el romántico númen.

Y desde este punto bien puede decirse que entramos en el de los últimos instantes

arriba marcados, en el hermoso florecimiento de la novela contemporánea.

Dos tendencias dispútanse sú dominio: la idealista y la realista.

La primera haciendo fulgurar el brillo de sus armas antes triunfadoras, ennobleciéndolas aún con los florones que con ellas gana el génio de uno de los que mejor las esgrimen, de los que más reverdecen, hasta hacerlos vivir contra el ambiente que les rodea, los laureles conquistados; la otra imponiéndose y palmo á palmo yendo victoriosa hasta las trincheras del enemigo.

Grandioso campeón de aquellas, lazo de oro que ata lo que de una quédanos, lo que de otra vence, es D. Pedro Antonio de Alarcón.

¡Qué recuerdos nos inspira á todos;! cómo aquel dulce encanto de su pluma vive sin apartarse de nuestras remembranzas juveniles;! ¡cuál, todavía, á despecho de todas las frialdades escépticas arranca vítores en el teatro y conmueve en la novela el abrazo de amor de Manuel Venegas á Soledad en esas páginas llenas de luz que se llaman *El niño de la bola!*

Alarcón, como el sol, alumbra dos mundos, el del romanticismo que muere y el del realismo que nace. Y he dicho del primero que muere, sin acordarme de que los pensares

idealistas de Alarcón ni empalidecen nunca ni los barre el viento alborotado de otras escuelas. Que ès achaque humano vivir de lo que en torno tenemos y de lo que como espiritual aletea en nuestra alma; y el vuelo misterioso de esos sentimientos es lo que acertó á sorprender en dichosísimos instantes de inspiración la péñola brillante del autor de *El Escándalo*. Su idealisno, es sano, consolador; su imaginación no se arrebata ante el delirio del ensueño imposible; su pincel tiene mágicos colores mojados en sol andaluz y en españoles matices; su describir es rico y si no minucioso, al modo del ahora en boga, es fresco, en cambio y como resaltador de primorosísimos relieves; su espíritu moruno, aún parece conservar halagadores concentos de los que vagan perdidos por los ajimeces de la Alhambra ó por las bordadas columnas de la Catedral cordobesa. Así se escapa de las alarconianas obras tan sútil perfume, y así se leen aun para esparcimiento de los que tienen en lo que vale aquel precepto bíblico de que *no solo de pan vive el hombre.*

Otro paso de transición entre las dos escuelas, con un pié muy adelantado en el realismo es el P. Coloma. Hay que hablar de él porque así lo quiere la significación que en la novela de hcy le alcanza.

El renombrado escritor, por el fin, por la tendencia por el fondo altamente moral de sus libros, es idealista; pero sabio conocedor de la sociedad en que vive, tornavoz, para condenarlos ácremente, desus vicios é hipocresías, resulta para el procedimiento, para la factura de composición, un realista inconsciente, si quereis, que se muestra con audaces brillanteces en *La Gorriona*, en *Pilatillo*, en su zarandeada y discutida *Pequeñeces*.....; para no citar otros libros del ilustre Padre.

Anterior á él en el órden del tiempo, fustigador tan ingenioso como ilustrado del naturalismo, idealista por convencimiento y espontáneo impulso, mejor aún por exigencias de una altura clásica y de una educación quintesenciada, pero independiente por el vuelo del espíritu y esquisiteces del gusto, D. Juan Valera es hoy otro de los mantenedores de la novela.

No puede dejar de ser modernista quien tanto sabe; no es posible que sea sino maestro consumado en la dicción quien tan áurea pluma tiene. Y así sucede; los alicatados primorosísimos, el aroma embriagador de místicas armonías, sublimadas por los Luises, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, encuentran en Valera quien las recuerde y deleitosamente las tenga como sonando en los oidos con música inefable. Al propio tiempo, el enten-

dimiento penetrante, la aguda perspicacia, el humorismo como rebosando y saliéndose del concepto tampoco pueden faltar en quien tan peregrinas dotes atesora. Y del conjunto de ellas, y como natural consecuencia de todas surge un Valera ecléctico, ni ideal en demasía ni exento en absoluto de sano realismo y dános, para convite de espíritus delicados, novelas hermosas por la forma, harto bien escritas para que Zola y sus discípulos las tengan por suyas, excesivamente *propias*, si se me permite la palabra á falta de otra mejor, para que nos parezcan de un idealismo exótico y decadente. Pero quien también engarza brillantes, en alguna joya había de dejar su sello inconfundible y su nombre glorioso y como emblema de ambas cosas ahí está la simpar *Pepita Gimenez*, al lado de la cual hasta *D.ª Luz* palidece y se anubla.

¿Qué es ese libro;? impórtanos poco, sabemos que nos arrastra con sus encantos inmarcesibles y es lo único que al arte de todos los tiempos y de todas las edades interesa.

Con Valera ciérrase el ciclo de los idealistas y de los independientes, por así decirlo. El realismo impera en Galdós y ante él y otros maestros vamos á pararnos un instante.

Perez Galdós es el representante más genuino de la escuela. Su realismo es tran-

quilo, reposado, natural, sin exageraciones de fanático pero también sin miramientos de incertidumbre ó medrosidades de poco convencido. Sin duda que á él le arrastra el temperamento, su propia manera de concebir y ver cuanto á su alrededor tiene, pero ¡qué bien lo vé el novelista y cómo sabe convertir sus libros en palenques donde las humanas pasiones juegan y riñen y en natural escenario de la vida toda, con sus alegrías y miserias, con sus virtudes y vicios! Allí los personajes son dignas figuras del cuadro en que se mueven; la verdad como en su propio lugar se asienta; los problemas sociológicos tienden á resolverse enredados en el hilo de la acción; no obran los que la realizan por fútiles caprichos del convencionalismo si no á impulsos del alma que se hiergue, del avasallador apasionamiento, de los nervios que se sacuden, de los músculos que se retuercen, de la sangre que corre, de la carne que palpita. Toda la existencia píntase en las novelas galdosianas; un realismo como *burgués*, si se permite la expresión, la retrata.

Imposible concretar la labor del maestro. Desde sus *Episodios Nacionales*, esa moderna epopeya de que tanto gustamos, hasta sus últimas obras, corre una série interminable de horas dedicadas con excelente fruto al trabajo que la fama consolidan y el triunfo cantan.

De todo hay en las abundosas cepas de su viña. Desde aquellas novelas con tésis en que se plantean problemas de conciencia y cuestiones en lo social, religioso y político palpitantes, hasta esos idilios que, como *Marianela*, al probar la flexibilidad de las aptitudes de quien los concibe enseñan, también, cuán aburrida es la constante caminata por el llano, y cómo á las veces gusta subir á las laderas, si no á la cima de la montaña, de donde más cerca están las nubes del ensueño. Hoy Galdós parece tender un poco al simbolismo y al neomisticismo como para concretar en una figura, en una idea, abstracciones y generalizaciones que á veces son el esqueleto de un sistema filosófico.

Galdós novelista en suma, es una figura excelsa merecedora del afecto de todos; su realismo á lo Dickens ha penetrado sin escrúpulos y sin peligros en los hogares; y más radiosa y brillante aparecerá cuanto más la pátina del tiempo dé tonos de venerable vejez á esos libros hermosísimos que se llaman *Gloria, La desheredada, La familia de León Roch, Lo prohibido* y tantos otros que empujan á España á la fila de las naciones donde hoy se novela mejor.

Pereda, el montañés ilustre, es también astro de primera magnitud. De encontrada escuela que Galdós en lo religioso y político

armonízase con él—felíz armonía—en elevar la alcurnia y merecimientos del género que ambos cultivan.

El autor de *Pedro Sanchez*, de *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, de *La Puchera*, de tantas novelas por conocidas estimadas, desciende de la prosapia ilustre de nuestros novelistas del siglo de oro; sus preciosidades de forma la delatan; aquel aroma añejo que surge de su dicción castiza, como si la rebuscase unas veces, algo arcáica otras, dánle suavísimo encanto que hace envidiar la pluma del pintor inconfundible de la montaña santanderina.

En esto nadie puede igualarle, y lo mismo las *marinas*, llenas de luz y de ambiente, que los rinconcillos de la tierruca, admirables en punto á verdad y color, hacen que la paleta de Pereda sea una de las más privilegiadas, sus pinceles de los mejor manejados, y su arte en admirar la naturaleza y trasladarla al papel con el reflejo de sus maravillas incopiable y asombroso.

Realista sin evitación, sus *tipos* son de los que viven vida inmortal; nadie es capaz de recordarlos sin verlos alzarse con todo el vigor de la fuerza creadora que los lanzó al mundo de la literatura. ¿Quién no los ha tenido alguna vez ante sus ojos; quién, á los que por ahí encontró, puede dejar de ocu-

rríasele compararlos, por lo iguales, con los que le salieron al paso en las novelas de Pereda?

Tal vez es el escenario de este muy reducido y la decoración, aunque siempre diferente por la perspectiva y el punto de donde se vé, semejante. Pero ¿qué tiene eso que ver si es tan admirable la pintura y tan real y exacto el parecido?

Pereda, en resúmen, es una personalidad vigorosísima en el campo literario, y aunque solo hubiese escrito su inimitable *Sotileza* habriamos de rendirnos ante su génio esplendoroso y potente.

La Sra. Pardo Bazán manifiéstase con iguales tendencias realistas. Es más, ella definió el realismo y naturalismo, y aún en hábil defensa de la doctrina mostróse partidaria, á vuelta de justos y legítimos distingos, de las que preconizaban al otro lado del Pirineo Zola y los suyos.

Porque como de pasada conviene advertir, para que ningún timorato se asuste, que no es nuestro realismo en literatura lo que el naturalismo francés como secta literaria y que más decoroso el de aquí apenas si concibe tales ó cuales capítulos que como demostrativos del sistema hánse escrito en la nación vecina.

Pues bien, la Sra. Pardo Bazán alistóse

briosamente en las filas de los beligerantes y si no sintiese verdadera debilidad por las dotes literarias de la escritora insigne diría que ni nadie combatió con tal denuedo ni nadie tampoco atrevióse á tanto en lo de patentizar en el libro los procedimientos ó toques, mejor, naturalistas.

Y la autora ilustre de *Un viaje de novios*, enriqueció con su indiscutible talento la novela española y la aumentó con preciosos volúmenes, pedestal brillante de un nombre bien ganado, entre los cuales si éste ó el otro es relativamente peor que los demás, ninguno, en definitiva, es ni mediano, y muchos sí admirables.

Jacinto Octavio Picón, Armando Palacio, *Clarín*, Zahonero, Blasco Ibañez, forman brillante cortejo que á la novela contemporánea sigue.

Picón, escritor un poco ceñudo, hace pensar, y el gérmen del problema vital palpita siempre en sus libros que tienen junto á páginas negras otras doradas y esplendentes; *El enemigo* no ha de dejarme mentir.—Palacio Valdés es un novelista muy simpático, de tonos rientes, de sentimientos candorosos y como juveniles, á quien no asusta el naturalismo y que sin llegar á la clásica corrección se lee con indefinible encanto: ahí están, para reforzar mi juicio *Marta y María*, *Maximina*,

Riverita, *El cuarto poder*.=Clarín, tiende un poco á la novela psicológica á lo Bourget y es mantenedor, también, de los fueros naturalistas; recordad, como prueba de lo que digo, *La Regenta* y *Su único hijo*.

Zahonero sin entrar muy de lleno en el campo de la novela, que no abarca tan bien como el cuento, merece citarse por sus tendencias conformes con las que ahora señalo, dígalo si no *La Carnaza*; y por último Blasco Ibañez uno de los jóvenes más brillantes de la nueva generación tiene paleta de deslumbrantes colores, es muy vigoroso en el decir, muy observador de costumbres, de las que nos dá exacta copia siempre, y atractivo descripcionista de todo aquello que á su privilegiada imaginación hiere y choca; *Flor de Mayo* y sus hermosos cuentos dánle derecho á ocupar este sitio que me atrevo á señalarle.

Sin querer saltó á los puntos de la pluma la palabra cuento: ¿qué de cuentistas no pudiera citarse? No está el género, muy digno de estima, como que es el embrión de la novela, una novela íntegra muchas veces, tan desarrollado como en otras naciones. Así y todo se ha extendido no poco en los últimos tiempos y no acabaría de citar nombres de cuentistas que gozan de justa fama. Quédese, pues, ese asunto, para otra ocasión y mayor espacio del que dispongo.

Como también cuanto se refiere á la crítica, á los escritores costumbristas—si bien muchos cítanse en la novela—á los oradores, al periodismo.

He querido concretar mucho y acaso no acerté á hacerlo, sin conseguir, no obstante, dejar de molestaros y aburriros.

Ya veis pues, en dos palabras, por qué corrientes vamos: La épica no existe; la lírica no tiene mucho desarrollo y en los primates que la cultivan de realismo se viste; el teatro no acaba de levantarse de la postración en que yace; la novela, después de deslumbrante expansión calla ahora recogida no sé si para dormir sobre sus triunfos ó tomar otros y poderosos vuelos. De todas maneras su tendencia, por ser francamente realista y ya casi vicja en esa dirección, no sé si mira á reaccionar en poco sobre el camino andado.

De otras ni escuelas ni tendencias, sino degeneraciones del gusto, cansancio de todo, síntomas de depravación en el arte, decadentismos fin de siglo algo en boga, no he de hablar.

¡Harto lo voy haciendo! Perdonadme, porque ni pude sustraerme de llegar á ese extremo, lo que deploro más que vosotros, ni he acertado á concretar en juicios ciertos los que confusos y temblorosos andaban por mi mente.

FUNDACION SANCHO EL SABIO FUNDAZIOA

Y ya que estais dados á la indulgencia concededla otra vez al que sin título alguno que no sea vuestra desmedida magnanimidad, subió á este honrado sitio del que tan buenos recuerdos tiene, y desde el que, ahora que la ocasión es llegada, os dá las gracias por haberle en él puesto.

Bien que, ya lo dice el *Eclesiastés: quien hoya cava en ella caerá...* y yo he caido muy bajo porque después de las brillantes conferencias que muchos de vosotros habeis dado, la sola mala es esta mía, que ni aun de fondo negro puede servir para que las anteriores, ya de suyo esplendentes, más resalten y luzcan.

21-27 Diciembre.

(Leido en la sesión de clausura de 30 de Diciembre de 1898.)

ADVERTENCIAS

No sé si ahora estaría completamente de acuerdo con alguna de las ideas vertidas en los anteriores trabajos, pero he preferido, á modificarlas, dejar que se expongan tal como salieron por vez primera al público.

Las circunstancias para que se hicieron han podido influir grandemente en cuanto á ellos se refiere. Por eso no pueden ser, como estudios, completos y acabados, cosa que tampoco á mi ignorancia es permitida; ni dejar de ostentar, á las veces, adornos y galas que aunque pobres creílos necesarios para que vistiesen la desnudez de su fondo.

Por último, las personas medianamente eruditas comprenderán sin esfuerzo cuán fácil ha sido mi labor, reducida, únicamente, á hojear obras que por muy apreciables andan en manos de todos y gracias á las que he podido urdir esa mi insignificante labor, guardada hoy en este libro—que solo han de leer mis amigos—más para contentamiento de padre que por la fuerza de la naturaleza ama á sus hijos, que por consideración ninguna que alguno pudiera erróneamente atribuirme. Que conste así.